

CIENCIA Y LENGUAJE

POR

WALTER A. TOLABA

Nos proponemos en este trabajo presentar algunos aportes del positivismo lógico en lo que concierne al lenguaje¹. No obstante, previamente, y para justificar el título del mismo, haremos una parte introductoria sobre los problemas tratados por la referida escuela filosófica. Los temas de esta primera parte (I) son citados en la segunda (II) correlativamente.

1. *Lenguaje y signo*. El lenguaje cotidiano, es decir tal como lo hablamos y escribimos a diario, es un sistema de signos por medio del cual nos comunicamos con nuestros semejantes y expresamos nuestras necesidades. Al nacer nos encontramos ya imbuidos en una *cultura*, y para que subsista esa cultura, el elemento vital y necesario es el lenguaje. Este ya está construido y hemos tenido que aceptarlo desde la infancia y a partir de allí abrimos los ojos al mundo con las gafas de la lengua materna y con ellas moldeamos el pensamiento y constituimos una persona. Visto desde el sujeto, pensar es hablarse a sí mismo. Con la palabra se fija la idea y se le da un cuerpo y una precisión frente a su ines-

¹ Estos aportes siguen (cuando no hay referencia a las citas) al "SEMANTICA" (Archivio di Filosofia. Organo dell'Instituto di Studi Filosofici). Roma 1955. Fratelli Bocca.

tabilidad. El lenguaje se presenta así como un hecho de tal amplitud que sin él no habría ni cultura, ni instituciones, ni siquiera el hombre.

La filosofía del lenguaje trata sobre el origen del lenguaje, su valor para la comunicación, el significado de sus signos o símbolos y la relación de estos significados. De todos estos elementos, atenderemos a los que nos vinculen con el concepto de signo de cuya definición debemos partir. Dejamos, por consiguiente, para el final de este punto la cuestión sobre el origen del lenguaje, problema filosófico que nos interesa ahora parcialmente y sobre el cual existen teorías ya clásicas que mencionaremos de paso.

Se puede definir al signo como el hecho sensible presente que nos revela la existencia de otro hecho, el cual puede estar ausente. En ese sentido, el llanto puede ser signo de tristeza y el humo signo de fuego. Pero si un hecho, percibido por los sentidos, evoca la idea de otro hecho no percibido, o no perceptible, entonces, es factible suponer que el primer acontecimiento es causa del segundo. En ese orden de cosas, el signo puede ser concebido como una prueba o como un efecto de cierta realidad. Bajo ese punto de vista es reconocida una clasificación a saber:

SIGNOS	Naturales	visuales	(gestos, rubor, palidez)
		auditivos	(gritos de alegría o de dolor)
	Convencionales	visuales	(semáforos del tránsito, lenguaje de sordomudos)
		auditivos	(lenguaje)

Para nuestro objetivo, resulta espontáneo que nos avocaremos preferentemente a los signos convencionales auditivos, y entre ellos a los escritos.

Llegó un momento en la evolución de las comunidades, en que los gestos y movimientos resultaron insuficientes para

expresarse y aparecieron los signos *gráficos*. Ya los primitivos los poseían. Los poseen también los primitivos actuales. La ventaja sobre el articulado es que el lenguaje escrito supera el tiempo, mientras que el hablado se desdibuja más fácilmente con la trasmisión oral. Se cree que el signo escrito pasó por las siguientes etapas:

Pictografismo: período completamente primitivo en el que el significado de los signos es convencional. Tal es el caso de una rama o un palo cortado dejado en el camino; una hoja o una pluma cortada de diferentes maneras, etc.

Ideografismo: este es propiamente el comienzo de la escritura pues se pinta la idea, aunque el dibujo es simplificado y estilizado para agilitar su trazo. Así del dibujo nace la escritura que no es más que la abreviatura de sus trazos.

Fonetismo: si del dibujo del objeto se pasa a la idea que evoca y no ya a la cosa misma, y si se designa a esta idea con un nombre, la evolución termina con el jeroglífico egipcio, sistema en que cada ideograma llega a ser el signo de la primera sílaba del nombre. Posteriormente en el uso se modifican tanto esos signos, o se combinan entre sí de tantas maneras, que acaban por perder toda semejanza con los objetos primitivos. Cuando los fenicios perfeccionaron su sistema, éste se concretó en 22 signos que designaron las consonantes. Más tarde, de ese sistema surgió el alfabeto hebreo y el griego, de los cuales dependen las lenguas modernas.

Volveremos ahora sobre los problemas suscitados en torno al origen del lenguaje. Existen teorías, muchas de las cuales ya han sido descartadas. Citaremos la del origen activo, la del origen imitativo y la del origen social.

Teoría del origen activo: considera al lenguaje como una diferenciación y un desarrollo del gesto, del grito espontáneo y de las interjecciones. Quiere decir que se trataría en su origen de un lenguaje natural que tiende a expresar las emociones.

Se cita a Darwin y también a Von Humboldt como representantes de esta teoría, siendo sus antecedentes Lucrecio (96-55) y mucho después De Broese en "Théories de la formation mécanique des langues" (1765).

Charles Robert Darwin publicó en 1872 su célebre obra "The expression of Emotions in Man and Animals" que comenzó a escribir hacia 1838. Enuncia en ella tres principios: 1) el principio de la asociación de los hábitos útiles: cerramos los puños cuando estamos coléricos aunque nuestro enemigo se halla a muchos kilómetros de distancia. El gesto es inútil en sí mismo, pero hubo una época en que el hombre primitivo no podía sentir esa emoción sin precipitarse sobre su enemigo. En consecuencia, al decir de Darwin, "los movimientos útiles para el cumplimiento de un deseo o para el alivio de una sensación penosa, al repetirse, terminan por hacerse tan habituales, que se producen siempre que aparece ese deseo o esa sensación, aunque su utilidad sea nula o dudosa". Otro ejemplo, para explicar el llanto: según Darwin, el hombre presa de un sufrimiento, gritaba para pedir socorro, pero al abrir la boca provocaba la contracción de los músculos de los ojos de tal manera que producía un reflejo de las glándulas lacrimales. 2) El principio de la antítesis: el hombre que pide gracia se arrodilla ante el vencedor, se prosterna, junta las manos, en fin, representa la actitud más opuesta a la del ataque o de la defensa. El significado de este signo natural tendría su antecedente en el animal que adopta espontáneamente una actitud contraria a la que tomaría "si sintiese la emoción contraria a la que experimenta". Verbigracia: el gato que quiere que lo acaricien guarda sus uñas, acto opuesto al que efectúa en presencia de un enemigo. 3) El principio de la acción directa del sistema nervioso. "Cuando la energía nerviosa se genera con exceso, ella se difunde siguiendo las conexiones de las células nerviosas". Esto explica los saltos gozosos de los niños y los brinco y ladridos de los perros puestos en libertad.

Teoría del origen imitativo: sostenida por Leibniz, Herder, Taylor, De Sausurre, sostiene que el lenguaje se da como un sistema de significaciones: su origen habría que buscarlo en el instinto de imitación; esto surge de suyo cuando nos transportamos a la niñez. El niño se tapa los ojos con las manos para indicar que la luz le molesta. Por la imitación se explican también las onomatopeyas, que como sabemos, imitan los ruidos naturales. Son onomatopeyas, desde el 'guau-gau' mentado por el niño, hasta otras imitaciones menos perfectas como 'murmullo', 'chisporrotear', 'mugir', 'cuchichear'.

Teoría del origen social: el lenguaje es en esencia un producto del grupo y de la vida en común. Originariamente es una acción social constituida.

2. *Signos naturales, arbitrarios y convencionales.* Nos hemos detenido particularmente en la teoría de Darwin, pues en ella se postula al signo como natural. Pero debemos tener en cuenta que esta teoría es aceptada hoy sólo parcialmente y aún así con complementos y correcciones previas. El paso positivo de la misma se llama la atención sobre una posible relación entre la expresión natural y espontánea de las emociones y las formas más elevadas del lenguaje. Las manifestaciones emotivas de los animales se convierten en *signos naturales* y cumplen la función de expresión y quizá de *comunicación* aunque muy difícilmente la de *significación*. Pero la cuestión no es tan sencilla. Si en el animal, el gesto y el grito, coinciden estrictamente con sus estados emotivos, en el hombre las manifestaciones emotivas tienen mayor alcance y revelan un proyecto, un sentido, una intencionalidad. Además, cuando se observa la conducta del animal, puede atribuírsele finalidades o intenciones que no existen o que no son tales, cayéndose así en el vicio llamado *antropomorfismo*. Ejemplo: 'el gato esconde las uñas para que lo acariciemos'. Es probable que no exista tal 'para' y por ende que no haya tal intención en él sino que sólo exista una conducta que deja

entrever una vaga noción objetiva de finalidad cuyo significado la ciencia no puede determinar.

Si el valor de un signo, es decir su significado, o lo que representa, ha sido fijado por el hombre por un previo acuerdo, como por ejemplo la letra *b* en alfabeto Morse equivalente a una raya y tres puntos, entonces se puede hablar de un signo *convencional*. Pero si su significado no depende del hombre, aunque haya sido designado por éste, y su valor obedece a cualquier otra circunstancia que no sea la naturaleza, entonces podemos decir que el signo es *arbitrario*. Es posible postular en consecuencia que un signo es arbitrario, cuando su significado no obedece a una regla fija de formación que lo explique. Podrían tomarse como ejemplos términos del idioma (¿La mayoría o algunos?) cuyo significado ha variado sin que sepamos la causa de tal cambio.

Es evidente que el hombre eligió convencionalmente el significado del signo. Un primitivo pudo haberse guiado por una hoja cortada previa convención para indicar (según Thurnwald) que el enemigo ha sido herido; o también por el grito de la lechuza, cuya imitación sería una señal de alerta. Análogamente el químico se pone de acuerdo para designar con la terminación *ato* el nombre de una sal.

Unas veces el autor del signo se desconoce porque se ha perdido en el tiempo. Otras veces, los autores de todo un sistema de signos son conocidos, como en el caso del lenguaje de sordomudos del abate L'Epee y del abate Sicard. En suma, no hay inconvenientes en aceptar como convencionales la notación musical, la taquigrafía, la notación química, etc. Pero el problema surge cuando se trata de nuestro lenguaje. ¿Ha nacido él por convención o el significado de sus signos está ligado a las cosas? El problema así planteado aparece por primera vez en el "Cratilo", diálogo de Platón. En la obra discuten sobre el origen del lenguaje: Cratilo, quien representa en el diálogo al célebre filósofo Heráclito, y Hermógenes, que representa a Demócrito o quizá a Pitágoras. Cratilo defendía la doctrina de

que los nombres están naturalmente relacionados con las cosas. Hermógenes, al contrario, sostiene la doctrina de que los nombres son convenciones. No es fácil decir cual es la opinión de Platón al respecto, pero parece que más bien se inclina por la primera, rechazando la posición de que las denominaciones de las palabras se hubiesen fijado de un modo puramente arbitrario o convencional. Intenta conciliar los dos puntos de vista y así fundamenta una serie de nociones que lo convierten en el fundador de la *filosofía del lenguaje*.

3. *Uso y mención de los signos*. Consideraremos ahora un aspecto del signo lingüístico que se aproxima más a nuestro objeto. Se trata de la distinción entre *uso* y *mención* que reviste un carácter sintáctico. Sea la siguiente oración o proposición:

(1) Córdoba es una provincia argentina

en la misma usamos la palabra 'Córdoba' como sujeto de la oración y el significado de dicha oración habla de la ciudad de Córdoba. Se trata pues de *uso*.

(2) 'Córdoba' es una palabra de siete letras y tres sílabas

Aquí el nombre se refiere a si mismo y no a la ciudad. La oración no habla de la ciudad de Córdoba sino que *menciona* un signo y dice que tiene siete caracteres. Se trata pues de *mención* y se coloca el nombre entre semicomillas.

Esta distinción, que es importante para el estudio de la lógica moderna y de la semántica, fue usada ya en la Edad Media, por los escolásticos quienes la denominaban respectivamente: (1) *suppositio formalis* y (2) *suppositio materialis*; y ejemplificaban del mismo modo:

(1. b) Homo currit (suppositio formalis) (USO)

(2 b) Homo est disyllabus (suppositio materialis)
(MENCION)

4. *Lenguaje objeto y metalenguaje*. Podemos emplear esta noción de mención y aplicarla a una oración en vez de aplicarla a un signo o palabra y nos quedarían expresiones como éstas:

- (1) 'juan ríe' es una oración con verbo intransitivo
- (2) 'She speaks' está en tercera persona

En ambos casos el *lenguaje objeto* es el que se usa en las oraciones entre semicomillas y el *metalenguaje* (toda la oración) es el lenguaje en el que se habla del lenguaje objeto. En consecuencia, el *lenguaje objeto*, es el lenguaje acerca del cual se habla en el *metalenguaje*. Ahora bien, podríamos ampliar la expresión (2) con otro metalenguaje que se refiera al primer metalenguaje, así:

2. b) "She speaks' está en tercera persona' es una oración en dos idiomas

y seguir progresivamente ampliando:

(2.c) "'She speaks' está en tercera persona' es una oración en dos idiomas' es un anunciado correcto

Como se ve la serie de metalenguajes es infinita.

La noción de metalenguaje nació de la necesidad de un lenguaje que hablara de otro lenguaje porque dentro de la estructura del mismo había fallas que eran insolubles a menos que se adoptara otra estructura. Teóricamente, esta dificultad fue puntualizada por Ludwig Wittgenstein cuando dijo: "lo que puede ser mostrado no puede ser dicho", refiriéndose al hecho de que no puede expresarse dentro del lenguaje lo que se refiere al mismo lenguaje. Desde este punto de vista, el diccionario corriente es un "círculo vicioso", pues define los términos del lenguaje dentro de un mismo lenguaje. Práctica-

mente esta dificultad fue puntualizada por las paradojas, o sea por las contradicciones que surgen dentro de enunciados aparentemente correctos. Gran número de las paradojas pueden superarse empleando la teoría de la jerarquía de los lenguajes introducida por Bertrand Russell. El filósofo inglés distingue entre lenguaje objeto, L_n , y su metalenguaje, L_{n+1} , también el metalenguaje de este metalenguaje, L_{n+2} , y así sucesivamente. Con esta distinción se pueden utilizar los términos 'verdadero' y 'falso' y aplicarlos a la serie de metalenguajes, en la forma a saber:

L	falso	She speaks
L_{n+1}	verdadero	'She speaks' está en tercera persona
L_{n+2}	verdadero	"She speaks" está en tercera persona' es un enunciado verdadero... etc., etc.,

5. *La semiótica y sus ramas: sintaxis, semántica y pragmática.* En la acepción común, semiótica (del griego *σημειωτική*) es una parte de la medicina que tiene por objeto el estudio de los signos de las enfermedades, y en ese sentido usaban el término los griegos. Como disciplina o teoría general de los signos, comenzó a desarrollarse en la antigüedad, también en Grecia, con los sofistas, con Platón y con Aristóteles. En la Edad Media fue profundizada bajo la denominación de *scientia sermocinalis*. Durante la Edad Moderna fueron sus cultores, entre otros, Gottfried Wilhelm Leibniz y John Locke. Este último en su obra "Essay..." (1690) distingue ya la *semiótica*, o doctrina de los signos que el espíritu público utiliza para la comprensión de las cosas y para la comunicación de sus conocimientos y de la cual la lógica, considerada en el sentido etimológico de lenguaje articulado, no es más que una rama.

Contemporáneamente muchos científicos consideran a la semiótica como tema medular de los problemas lógicos y filosóficos. Tal es el caso de los lógicos Charles S. Peirce y Charles W. Morris. El mencionado en segundo término, en su obra

"Foundations of the Theory of Signs" (Chicago 1938), pone bajo el nombre de 'teoría de los signos o semiótica', una ciencia nueva, que se apoya en los trabajos del referido Peirce y en la lógica simbólica y que divide a la semiótica en tres partes: *sintaxis*, *semántica* y *pragmática*. La división, cuya aceptación es casi unánime entre los lógicos, se explica así: a) *sintaxis*: estudia los signos independientemente de lo que designan y significan; b) *semántica*: se ocupa de los signos en relación con los objetos designados. Y c) *pragmática*: ciencia de los signos en relación con los sujetos que los usan.

Rudolf Carnap en la primera parte de su obra "Studies in Semantics" refiere tales distinciones al lenguaje de la siguiente manera: si estamos frente al análisis del lenguaje, nos interesan por supuesto las expresiones. Pero no es imprescindible que nos ocupemos asimismo de quienes lo hablan y de lo designado... Por consiguiente (continúa Carnap) distinguiremos tres campos de investigación sobre lenguajes. Si en nuestro estudio hacemos referencia explícita a quienes hablan o en términos más generales, a quienes usan un lenguaje, entonces lo colocamos en el terreno de la pragmática (clasificación en la que no influye que nos refiramos también a los designados). Si dejamos a un lado al hablante para analizar solamente designados con su expresión del lenguaje, estamos en el terreno de la semántica. Y por último, si también descuidamos los designados, y analizamos solamente las relaciones entre expresiones, haremos *sintaxis* lógica. La ciencia toda del lenguaje, con inclusión de las tres mencionadas, recibe el nombre de semiótica.

La *sintaxis* se refiere entonces a las relaciones formales entre los signos, independientemente de las cosas que ellos expresan y de los sujetos que los emplean. Se trata por consiguiente de una disciplina formal que tiene por misión la elaboración de la teoría general de la construcción de lenguaje.

Respecto de la *semántica*, debemos aclarar previamente que existen tres clases principales: a) la semántica lingüística,

llamada frecuentemente *semasiología* que estudia el cambio de significado de las palabras. Esta no es una disciplina lógica; tal vez quiso serlo en un tiempo y por ello retrasó sus investigaciones. Como dice Heinz Kronasser en su "Handbuch der Semasiologie", Cap. I, la semántica (semasiología) perdió mucho tiempo tratando de basar en la lógica sus leyes sobre el cambio de significado y luego acabó por comprender que, aunque siempre parcialmente, debía mucho más a la psicología que a la lógica. b) La llamada *semántica general* es un singular movimiento iniciado en Chicago en 1946 por Alfred Korzybski (1879-1950) en su libro "Science and Sanity. An Introduction to non-Aristotelian System and General Semantics." Si observamos el título de esta obra y si reflexionamos sobre sus términos 'ciencia y sanidad (cordura)' y 'sistema no aristotélico' sospecharemos que este enfoque está lejos de lo que de la semántica nos concierne. Y, en efecto, dicho movimiento estudia el signo desde el punto de vista psicobiológico y del comportamiento al extremo de que se puede hacer una reforma de la sociedad y del mundo basada en otra concepción del universo en donde los signos se relacionan más convenientemente con las cosas. Equivale a decir que cada signo tiene su valor para el comportamiento del sujeto y, por ejemplo, los complejos y problemas de desadaptación y de conducta, pueden ser causados por la mala adecuación de un signo con su significado. Sea aclaratorio el ejemplo consignado por el mismo Korzybski en la obra precitada. Un niño toma un dulce para comer sin permiso de su madre. Esta lo sorprende y al reprenderlo lo llama 'ladrón'. Como el infante no es un ladrón, hay un desacuerdo entre el signo y su conducta por lo que puede ocurrir que el pequeño trate de adaptar su comportamiento al significado del nuevo signo y termine efectivamente en el futuro por ser un ladrón. Una posición peculiar como la de Korzybski, tan difícil de sostener como de rebatir, es sin embargo posible debido a la multiplicidad de enfoques de que es susceptible la noción de signo. c) Mientras que la semántica general y la semántica lingüística, constituyen ciencias em-

píricas, la *semántica lógica* se nos presenta como deductiva. Estudia, como vimos, la relación entre los signos y la cosa significada, sin aludir a los sujetos que usan tales signos. Son sus problemas principales la *verdad* y los conceptos lógicos de *designación* (significación) y el de definición.

La *pragmática* considera a los signos en relación con el sujeto que los usa. Pero tal relación tiene lugar sólo mediante la noción de significación. Ocurre entonces que la referida noción se complica por una triple relación: entre el signo, su significado y el objeto al que designa. Esta triple ligazón fue representada mediante un triángulo en la clásica obra de Ogden y Richards "El significado del significado". Dicho triángulo, que posteriormente es estudiado en obras de muchos semánticos, aparece en el libro de Stephen Ullman, "Principles of Semantics", 1959, representado en esta forma:



Sea por ejemplo el signo 'caballo'; en un vértice tenemos la *forma* del signo o sea la palabra 'caballo' pronunciada o escrita en cualquier lado. El *significado* (concepto) es el conjunto de notas que define o caracteriza a un caballo y la *cosa* será el caballo en cuanto objeto real que yace aquí o allí. Ahora bien, como advierte Husserl (quien en el capítulo I de sus "Investigaciones Lógicas" ya había analizado la relación entre significado y significante) puede haber variación de *forma* sin que varíe el significado; ejemplo: dos, deux, two. Y puede también haber variación de cosas sin que varíe el *concepto* ni la *forma*; valga el ejemplo del propio Husserl: 'caballo', forma y concepto que puede referirse a objetos reales distintos como 'Bucéfalo' o 'caballo de carro'.

Buscando la relación entre el signo y el sujeto que lo usa hemos ido a parar a la relación del signo lingüístico y su significado. Y parece que no puede ser de otra manera. Y parece que no puede ser de otra manera ya que si deseamos analizar los fundamentos de la relación entre el sujeto que usa el signo y el significado, nos introducimos en un problema filosófico, a nuestro entender imposible de resolver sólo científicamente, toda vez que involucra factores como la *intencionalidad* del sujeto y el acto significativo.

6. *Especificación del significado de los signos: definición, denotación y designación.* Charles W. Morris en "Signs, Language and Behavior", 1946, refiriéndose al signo, transcribe estos dos ejemplos:

1) Si se adiestra de cierta manera a un perro hambriento para que se dirija a un lugar determinado a fin de obtener comida cuando la ve o cuando la olfatea, aprenderá a dirigirse a dicho lugar cuando suene un timbre, aun cuando no vea la comida... Ante tal situación, muchos afirmarán que el sonido del timbre es para el perro un signo de comida en ese lugar determinado y particularmente un signo que no es del lenguaje. Si hacemos abstracción en este ejemplo, del experimentador y de sus propósitos, para considerar solamente al perro, nos aproximamos a lo que se llama con frecuencia "signos naturales" como ocurre cuando una nube oscura es signo de lluvia.

2) Una persona se dirige a cierta ciudad conduciendo su automóvil por un camino. Es detenida por otra que le comunica que el camino está interrumpido a cierta distancia por un desmoronamiento. Al oír los sonidos emitidos, la persona no avanza en su camino, sino que toma por otro lateral hacia su destino. Se diría, en general, que los sonidos que una persona emitió y la otra escuchó fueron signos para ambos del obstáculo sobre el camino y, especialmente, fueron signos de lenguaje, aunque las respuestas de ambas personas resultaron muy diversas.

Llamaremos *intérprete* (continúa Morris) a cualquier organismo para el cual algo es un signo. Se llamará *interpretante* la disposición en un intérprete para responder con su conducta al signo. Lo que permite completar la serie de respuestas para lo cual el intérprete se encuentra preparado a causa del signo, será el *denotatum del signo*. Aceptaremos pues que un signo denota un denotatum. Aquellas condiciones que son de tal índole que todo lo que las llene sea un denotatum, recibirán el nombre de *significatum* del signo. Diremos que un signo significa un significatum.

Para, volver a nuestros ejemplos anteriores, en ellos el timbre es el signo; el perro es el intérprete; la disposición para buscar comida en cierto lugar, cuando la provoca el timbre, es el interpretante; la comida en el lugar buscado, que permite completar la serie de respuestas para las que está preparado el perro, es un denotatum y está denotado por el timbre; la condición de que sea un objeto comestible es el significatum del timbre.

En el caso del conductor, las palabras que se le dirigen son signos; el conductor es el intérprete; su disposición para reaccionar evitando un desmoronamiento en cierto lugar del camino, es el interpretante; el desmoronamiento en dicho lugar es el denotatum y, finalmente, las condiciones de que haya un desmoronamiento en aquel lugar representan el significatum de las palabras expresadas.

Nos hemos detenido en la estructuración de Morris porque nos proporcionan los conceptos científicos de *definición* así como por su parte también la noción de denotatum nos lleva a la *denotación* y el significatum, a su vez, nos conduce a la *designación* y *significación*. Nos avocaremos a delimitar estos tópicos:

- a) definición; el signo que se usa es el siguiente:
def. =

A la izquierda del mismo se coloca la expresión que se desea definir (llamada *definiendum*) y a la derecha se coloca la expresión (llamada *definiens*) que define a la de la izquierda. Ejemplo:

hombre def. = animal racional

8 = def. 4 + 4

b) denotación: es algo que se refiere a los objetos o términos. Ejemplo: la comida para el perro o el desmoronamiento.

c) designación: este concepto coincide en parte con el anterior pero se desentiende del problema de la verdad por lo que es eminentemente lógico-semántico. Se limita a comprobar si una entidad es correctamente nombrada pero no informa acerca de tal entidad. Ejemplo: el término 'desmoronamiento' designa los objetos, en este caso los desmoronamientos que ha habido o habrá, pero no se detiene a considerar o discutir si este es un desmoronamiento o no alcanza a serlo.

d) significación: esta noción en cambio sí es la encargada de decir si hay o no un desmoronamiento. O más claro, si el hecho (objeto) ocurrido es o no es un desmoronamiento. O bien expresado en nuestro lenguaje técnico: si el *significatum* es el ente significado por un término.

7. *Funciones del lenguaje.* El lenguaje ha constituido la materia prima de la lógica. Parece que Aristóteles, tomó de la lengua griega sus categorías (conceptos éstos que son parte de su sistema) y aunque no las hubiese tomado de allí, es evidente que la lógica aristotélica tiene la forma y la textura del idioma griego. El lenguaje es lógico, pero también es ilógico. Todos los elementos sintácticos de la gramática tienen forma lógica y ninguna oración tendría sentido sin un poco de esta ciencia. Pero también muchos de sus elementos, como anacolu-

tos, elipsis, pleonasmos, etc., no obedecen a una coherencia perfectamente lógica. El anacoluto:

(1) ¡El fuego, apágalo!

no sigue una ordenación gramatical exacta la cual sería:

(2) ¡Apaga tú el fuego!

El lenguaje es vital para el individuo. Hablar es existir. El hombre fue hombre recién con el lenguaje y éste lo diferencia de los animales. Efectivamente, los irracionales no tienen lenguaje y cuando se habla de lenguaje animal se menciona una serie de signos que no poseen significado abstracto, como ser, quejidos, miradas de celo, gritos, etc. Sin lenguaje no hay persona. Podrá subsistir un ser humano sin el hablar articulado, pero si lo aislamos de toda otra forma de lenguaje (de sordomudos, sistema Braille, etc.) entonces, ya no será una persona ni un hombre en la acepción íntegra de los términos. No podemos decir lo mismo de la lógica. Si bien es cierto que dentro del lenguaje queda una forma, lógica, la lógica como ciencia, no es necesaria para la existencia de la persona. Es más, si la persona se propusiera ser estrictamente lógica en todas sus expresiones de la vida cotidiana, no subsistiría quizá mucho tiempo. En efecto, si el señor Juan Pérez va saliendo de su domicilio y una persona se le aproxima preguntándole: —¿Puede Ud. informarme dónde vive Juan Pérez? Su respuesta normal debe ser: — Soy yo... Pero si el referido señor se expresa en forma lógica, ha de limitarse a señalar la casa o a dar la dirección, o bien, si toma aún la pregunta en sentido más estricto, su respuesta debe ser solamente: — Sí, porque, sin duda, puede informarle.

Tratemos de aproximarnos un poco más a la compleja función del lenguaje analizando lo que se ha dado en llamar su

triple raíz y que está constituido por la expresión, la comunicación y la significación.

Expresión: se refiere al uso de elementos necesarios para manifestarse, los cuales son de lo más variado: alfabeto Morse, palabra articulada, sistema de banderitas para buques, etc. En lo concerniente al lenguaje articulado, la expresión es del dominio de la *fonética*, rama de la lingüística, cuyos elementos son los sonidos y los grupos de sonidos que el oído humano puede diferenciar e identificar.

Comunicación: supone que el mensaje del que habla va dirigido a un sujeto receptor. Su campo es vasto y no ha sido investigado hasta hoy sino fragmentariamente. Es menester un estudio longitudinal, es decir más prolongado en el tiempo y se requiere un trabajo en equipo para interpretar luego las encuestas correspondientes. Esta noción es tan extensa que su estudio corre paralelamente por cuenta de ciencias como la sociología, la psicología, la antropología, etc. Conviene agregar, en otro orden de cosas, que la teoría de la comunicación es un apartado más amplio aún, en cuya esfera pueden involucrarse el lenguaje mismo, la cibernética y todo otro tipo de transmisión.

Significación: se refiere al objeto que mienta el signo lingüístico. Hemos visto que la disciplina que estudia el nexo entre la palabra y su significado es la semántica lingüística. Ella explica la relación de significados pero nunca logra del todo su derrotero al pretender enunciar principios generales que expliquen los cambios de significado. Ese intento de explicación se basa en los siguientes criterios: a) por la variación de las cosas; b) por la modificación de los conceptos; c) por la intervención de los sentimientos. Son ejemplos de cambios de significado causados por la variación de las cosas: 1) objetos que desaparecen con el tiempo y por ende desaparecen del vocabulario; ello hace difícil la interpretación de las obras antiguas, de chistes de la antigüedad, el reconocimiento de vestidos de aquella época, etc. 2) Cosas nuevas que se van conociendo

y con ellas nuevos términos ('nafta', 'camión') y nuevas aplicaciones de las cosas ya conocidas ('lámpara', 'satélite'). Y son ejemplos de cambios de significados por intervención de los sentimientos: 1) Por exageración de una emoción se han creado expresiones tales como 'muerto de miedo', 'todo el mundo'. 2) Por confusión de términos se dice ordinariamente 'mi vieja' por 'mi madre'. (Los semánticos que investigan el origen de esta última expresión la relacionan con la forma 'my old' procedente de los Estados Unidos).

Según se cumpla esta triple función del lenguaje, puede considerarse paralelamente otra triple función: la informativa, la expresiva y la directiva.

Informativa: se trata, como su designación lo propone, de expresiones que describen la realidad, o sea que informan sobre ella, ya afirmando, ya negando, e independientemente del valor de verdad o de falsedad. Un cuento en su desenlace *informa* como se resuelve la trama del problema, aunque no sea verdadero. La información se refiere a algo que hemos visto, oído o sentido. verbigracia, un cartel puesto al costado de la carretera que anuncie: '90 kilómetros sin surtidor'. Concretando, el lenguaje informativo debe cumplir estos requisitos: 1) ser comprobable. 2) excluir en lo posible las deducciones y los juicios. 3) no estar sujeto a juicios de aprobación y desaprobación. El lenguaje en su uso informativo es de índole instrumental, en cuanto contribuye a hacer algo, pero es difícil que sea absolutamente objetivo.

Expresiva: tiene estrecha vinculación con el estado del sujeto que lo usa. El estado de ánimo, incluso su deseo de liberación, cuentan primordialmente en este empleo del lenguaje por lo que es menos objetivo y más irreal. Es la típica forma de la poesía, aunque también lo es del hablar cotidiano. La metáfora y la elipsis son su característica.

Enfocando las dos nociones desde el punto de vista del que escucha, podemos discriminar que, mientras el lenguaje informativo nos trasmite algo, el expresivo nos *afecta*. Y si

afecta nuestros sentimientos tiene más fuerza y puede ocasionar reacciones emocionales: un insulto despierta la agresividad del otro interlocutor. La reacción emocional o la afectividad que provoca, empero, depende tanto de la reciedumbre como de la suavidad del lenguaje expresivo. Las palabras ‘perro’ o ‘zorro’ en lenguaje informativo son impersonales y pueden estar asociadas a la definición de los términos respectivos, pero en lenguaje cargado de afectividad, se puede tildar de “zorro” a un personaje para otorgarle visos de astuto. Las connotaciones afectivas dependen, pues, estrechamente de la modulación de la voz con que se trasmite. Un galán de radioteatro que se expresara en tono objetivo e impersonal sería relevado de su papel después de su primera audición. El lenguaje expresivo tiene su uso asimismo en la publicidad comercial. Los nombres de perfumes y de cosméticos son suaves y destinados a provocar reacciones emotivas. Finalmente, conviene acotar que se vinculan al lenguaje expresivo las palabras “tabú”, esto es, los términos prohibidos o considerados inconvenientes en el habla culta de una comunidad. Así, son tabú en nuestra lengua los términos que se refieren al sexo, y en inglés los que mientan ropa interior. Lo son con menos intensidad, los que se refieren entre nosotros al dinero (preguntar por el sueldo que gana una persona) o bien a la muerte (el término ‘morir’ es disfrazado a menudo por ‘dejó de existir’, ‘falleció’, etc.).

Directiva: el uso directivo del lenguaje tiene la función de originar una acción o un estado de cosas. Ejemplo típico es la *orden*, que constituye una forma más directa y menos metafórica de comunicación que la del lenguaje expresivo. No obstante, en este uso también es importante el factor afectivo. En la orden es evidente una relación entre las palabras y los hechos por venir; y una declaración sobre el futuro sólo se puede hacer en un sistema como el lenguaje, en que los símbolos son independientes de las cosas expresadas. De allí que el hombre, como dice Shopenhauer, sea el único animal que puede prometer.

Dentro del uso directivo del lenguaje se hallan todos los intentos de controlar o de influir en las acciones futuras de los seres humanos por medio de las palabras. Sin embargo, para que dicha influencia tenga lugar con eficacia, el mencionado lenguaje debe valerse de cuanto elemento está a su alcance: entonación, ritmo, cadencia, dramatismo, etc. Pero por otra parte, es cierto que estos elementos afectivos están condicionados por los fines que se persiguen. En la propaganda, por ejemplo no sólo se presenta al producto aisladamente, sino que se lo acompaña con colores, música o figuras sensuales. Análogamente, por excelente que fuera un discurso político, si lleva como fin motivar a la masa, en general va acompañado con desfiles, bandas de música, afiches y otros adminículos que poco tienen que ver con el significado de la alocución.

La función directiva del lenguaje constituye también el fundamento de la convivencia de los grupos sociales. Sus imposiciones, regulando los hechos futuros, aseguran la cooperación, la paz y la seguridad. El primitivo utilizaba castigos corporales y toda clase de coacción física con el objeto de que el individuo cumpliera ciertas reglas necesarias para la seguridad del grupo. Actualmente esas reglas se encuentran en el uso directivo del lenguaje bajo apercibimiento de una sanción colectiva. Pero los códigos de todos los países civilizados y sus constituciones nacionales no son puramente objetivos sino que sus disposiciones están cargadas de connotaciones afectivas ("Las cárceles están sanas y limpias, para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas...") y de alusiones a hechos sobrenaturales ("Invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia"). En suma, el cumplimiento de las leyes o pautas de una comunidad se reviste de ceremonias, ritos, juicios públicos o actos de transmisiones de mando porque, en su realización, no pueden limitarse al uso directivo del lenguaje, sino que se complementan con todo cuanto puede impresionar a los sentidos.

8. *Verdad y falsedad.* Una proposición puede ser verdadera o falsa. Si nos propusiéramos determinar con exactitud lo que se entiende por 'proposición verdadera', tendríamos que parar en el problema de la verdad y allí, lejos de aclarar el concepto, nos enfrentaríamos a una serie de doctrinas filosóficas que conciben la verdad como confianza, como desocultamiento, como coincidencia con la realidad, como conformidad con el pensamiento mismo... Pero como nuestro objetivo es más humilde, tal vez nos sea permitido soslayar la cuestión y establecer convencionalmente cuándo una proposición es verdadera, con el auxilio de la noción de metalenguaje (Cfr. 4). No obstante citaremos las concepciones filosóficas sobre la verdad que tienen más estrecha vinculación con nuestro asunto. Ellas son: a) "La verdad es la adecuación entre el entendimiento y la cosa" (Santo Tomás). b) La verdad como coherencia. La verdad puede comprobarse por su relación con otras verdades dentro de un sistema. De esta suerte, una proposición es verdadera porque es coherente en el seno de una estructura en donde hay proposiciones y no porque concuerde con un objeto independiente de ella y considerado como real. Congruentemente con esta posición se encuentra la concepción semántica de la verdad que mencionaremos en último término. c) La verdad como *eficacia* es sostenida por el pragmatismo. Si lo verdadero es lo útil, lo valioso y lo fomentador de la vida, las verdades se hacen en el progreso de la acción. Si las verdades fuesen inmutables, el progreso del conocimiento no sería posible. d) La verdad como *verificabilidad*: lo importante de una verdad es su verificabilidad. No podemos verificar a qué es igual $\sqrt{3}$, pero si colocamos en su lugar 1,72, entonces $\sqrt{3}$ no es ni verdadera ni falsa. La proposición está, pues sujeta a comprobación y sólo de ser posible la comprobación se sabrá si es verdadera o falsa; mientras tanto su eficacia reside en la posibilidad de ser verificable. Se ha dicho que para esta actitud relativista frente a la verdad no rige el principio lógico de *tercero excluido*. e) Según el Círculo de Viena, escuela moder-

na afín al positivismo lógico y al empirismo científico, para hablar de proposiciones verdaderas, éstas deben consistir solamente en dos tipos: tautológicas ($7 + 4 = 11$; $A + B = B + A$) y empíricas ('el sol calienta la piedra'). Todo lo que está fuera de estas proposiciones, como el lenguaje poético, es inexpresivo. Sin embargo, el lenguaje del poeta nos puede patentizar una realidad con igual o más eficacia que un sistema de proposiciones o fórmulas. f) Alfred Tarski, en su trabajo "The Semantic Conception of Truth and the Foundations of Semantics", trata de elaborar precisamente una *concepción semántica* de la verdad. Prescinde del concepto filosófico de verdad, en cuya dilucidación, opina, que los filósofos no se han puesto de acuerdo, y enfrenta directamente el problema desde el punto de vista de la semántica como rama de la semiótica. Allí comprueba que el lenguaje cotidiano resulta inexacto para delimitar perfectamente los predicados 'es verdadero' y 'es falso'. Es menester entonces contar con otros lenguajes, cuya estructura se haya especificado exactamente a fin de que la verdad adquiera un significado preciso. Y puesto que los predicados 'es verdadero' y 'es falso' son términos *metalógicos*, parte de las nociones de *lenguaje objeto* y *metalenguaje* (cfr. 4). De lo dicho se desprende que una noción adecuada de verdad tiene que edificarse sobre un metalenguaje. Este debe ser en su parte lógica "esencialmente más rico" que el lenguaje objeto, esto es, debe tener la riqueza suficiente para dar la posibilidad de construir un nombre para cada una de las frases del lenguaje o, dicho más sencillamente, debe contener al lenguaje objeto como parte de él. Con estos elementos, si tenemos la expresión del lenguaje cotidiano (lenguaje objeto: 'hoy es jueves', y al pretender decir que la expresión es verdadera, estamos en presencia de un lenguaje *semánticamente cerrado*, pues se trata de un lenguaje que contiene un término ('verdadero') que se refiere a frases de ese mismo lenguaje. Para salir del paso y para obviar las contradicciones y paradojas, se expresa el predicado 'es verdadero' en un metalenguaje L_1 :

'hoy es jueves' es verdadero

y a su vez, a esta proposición podemos considerarla verdadera o falsa en otro metalenguaje, L_2 :

“hoy es jueves’ ‘es verdadero’ es verdadero

y así sucesivamente en L_3 , L_4 , etc. La forma general de esta concepción de la verdad se basa en la siguiente equivalencia lógica :

X es verdadera, si y sólo si p

donde ‘ p ’ pertenece al lenguaje objeto y ‘X’ al metalenguaje. Finalmente Tarski define la verdad expresando que una “oración es verdadera si es *satisfecha* por todos los objetos, falsa en caso contrario”. ‘Satisfecha’ está usada en sentido técnico pues previamente ha aclarado que hay conceptos semánticos lógicos típicos como las nociones de :

- 1) *designación* : ‘el padre de este país’ designa San Martín
- 2) *satisfacción* : la nieve satisface la función ‘x es blanca’
- 3) *definición* : la ecuación ‘ $2x = 1$ ’ define el número ‘ $\frac{1}{2}$ ’.

Como es palmario, esta concepción no aclara el problema filosófico de la verdad, y así lo pregonan numerosas críticas hechas a Tarski. No obstante, las objeciones constructivas provienen de los propios semánticos quienes afirman que este criterio sólo es aplicable a los lenguajes formalizados pero que, cuando se intenta aplicarlo al lenguaje cotidiano, surgen paradojas y contradicciones que no pueden solucionarse.

9. *Deducción e inducción*. Los términos ‘válido’ y ‘no válido’, equivalentes a correcto e incorrecto, se usan técnicamente para el razonamiento deductivo. El razonamiento inductivo es *probable* y puede considerarse como más o menos aceptable según su grado de probabilidad, es decir de verosimilitud. El razonamiento deductivo es válido cuando de premisas verdaderas

debe inferirse una conclusión verdadera. El grado de verdad se reserva a las premisas o sea a las proposiciones. Sólo las proposiciones son verdaderas o falsas, jamás los razonamientos. Los razonamientos deductivos son válidos o no válidos aunque a veces se usan en su lugar los términos "correcto" o "incorrecto". Y finalmente, como hemos dicho, los razonamientos inductivos son probables. Respecto de estos últimos, si hemos inducido que a todos nos toca morir, porque nos basamos en la observación de número finito de casos (o sea la noticia de la muerte de todos los seres que han vivido anteriormente a nosotros) entonces, habremos supuesto una cierta regularidad en el curso de la naturaleza. Este supuesto constituye el fundamento de la inducción pero es indemostrable en cuanto principio. En efecto, no existen leyes generales para el acontecer natural aunque le atribuyamos tales leyes. De este modo nos resultará sorprendente que se edifique sobre supuestos indemostrables el conocer de todas las ciencias. La llamada Escuela Escocesa, representada por Thomas Reid (1710-1796) y por Pierre Paul Roger-Collard (1763-1843) es la que ha sostenido el principio de estabilidad y universalidad de las leyes de la naturaleza basándose en dos juicios: 1) el universo está gobernado por leyes estables, 2) el universo está gobernado por leyes generales. En honor a la verdad, corresponde decir que, si bien se atribuyen a la citada escuela estos principios, fue el geómetra y filósofo holandés Jacobo Guillermo Gravesande (1688-1742) su primer fundamentador, puesto que en el capítulo XVI de su "Introduction à la Philosophie" (1736) dice: "la analogía tiene por fundamento este principio sumamente simple: *que el universo está gobernado por leyes generales y constantes*".

Se ha impugnado el valor de la inducción porque no se basa en supuestos de pura lógica, y porque además de confiar en esta regularidad de la naturaleza, agrega un supuesto de realidad, afirmando precisamente la existencia de una realidad concreta. La existencia o no existencia de un mundo exterior es un problema filosófico y no lógico, aunque suele sostenerse también que es un problema semántico. Por esta causa muchos

filósofos han hecho hincapié en la conexión con la realidad como talón de Aquiles de la inducción. Tal es el caso de Hume, quien aseveraba que no tenemos derecho a suponer un determinado conocimiento sobre lo que se ha observado, o bien que tampoco hay derecho a suponer que el futuro será como el pasado. Modernamente, Ludwig Wittgenstein comparte este punto de vista escéptico, afirmando que no podemos inducir que mañana saldrá el sol. Es que mientras el razonamiento deductivo puede referirse a cualquier clase de objetos, reales o ideales, el inductivo está indefectiblemente ligado a los reales. La deducción de la conclusión en un silogismo tiene la ventaja de que encuentra las dos premisas ya anunciadas y aceptadas. La conclusión, en consecuencia, es correcta e inequívoca, pero la dificultad está a cargo de quien debe llegar a la universalidad de por lo menos una de dichas premisas y esa tarea pertenece a la inducción. La única manera de probar que todos los hombres son mortales, es observar todos los casos particulares sin excepción. Y hemos visto que si no se constatan todos los casos particulares se hace necesario generalizar partiendo de unos pocos. No interesa aquí probar que no todos lo son, cosa que se produciría encontrándose uno solo caso de hombre no mortal.

En resumen, todo razonamiento tiene como base un saber anterior de carácter inductivo. En la parte estrictamente lógica del razonamiento inductivo no se puede hablar de validez, puesto que la inducción rebasa el campo lógico y en su conexión con la realidad adquiere carácter de probable. Es por ello que en nuestro siglo se acentúa cada vez más el carácter de la inducción como método "hipotético-deductivo", admitiéndose una conexión probable entre sus premisas. Por su parte, S. F. Barker (en el Cap. I de *Induction and Hypothesis: A Study of the Logic Confirmation*) reemplaza el término 'inductivo' por 'no demostrativo' y sostiene que la expresión 'argumento no demostrativo' es más exacta por cuanto el problema se refiere a razonamientos que emplean premisas que contienen información acerca de algunos miembros de una clase para sostener co-

co conclusión una generalización acerca de la clase entera (o una predicción acerca de un miembro no examinado de la clase). En fin, la "dudosa" evaluación de nuestros datos empíricos, tanto en la ciencia como en el pensar cotidiano, constituye un tejido de hipótesis confirmadas cada una en mayor o menor grado por la prueba que puede suministrar la experiencia, y por esta causa han habido sabios, como Henry Poincaré, para quienes el problema de la inducción es insoluble.

10. *Análisis*. Antiguamente se entendía por análisis, en general, una concepción matemática como la existente en los Elementos (XIII) de Euclides, donde es llamado método resolutivo, método que es, posteriormente, tratado por Galileo, Descartes y Hobbes, entre otros. Hoy, por análisis, o también mediante el término análisis lógico, se entiende una considerable tendencia filosófica de carácter antimetafísico que abarca diversos movimientos: positivismo lógico, empirismo lógico o científico, Escuela de Cambridge, grupo Oxford, neo realismo, Círculo de Viena, positivismo terapéutico, etc. Las características comunes a estas escuelas consisten en el rechazo de los rasgos especulativos del pensamiento filosófico y la reducción de éste a un pensar crítico y analítico poniendo siempre de relieve las dificultades que causa el lenguaje articulado. También suele adscribirse a la filosofía la limitada tarea que se reduce a un examen de todas las proposiciones con el fin de averiguar si poseen o no significación, esto es, si son reglas lógicas o lingüísticas, proposiciones sobre hechos o meras expresiones de emociones.

II

II-1. *El positivismo Lógico*. Es mérito del positivismo lógico el haber polarizado la atención en torno del problema del lenguaje. Esta tendencia admite que la aceptación de la posibilidad del análisis (10) contiene en sí el germen para una

recuperación de la posibilidad de la filosofía. De todos modos es menester, antes del análisis del lenguaje filosófico, empezar por casa, y encarar el problema del análisis científico. En este terreno nos encontramos con la *filosofía del no*: geometría no euclidea, mecánica no newtoniana, lógica no aristotélica... La axiomática y el formalismo revelan una nueva libertad y un nuevo conocimiento del uso del lenguaje: el término mismo se vuelve polivalente y es capaz, por ende, de recibir otras interpretaciones. Ya Russell había dicho que la matemática es aquella ciencia en la cual no se sabe de qué se habla, ni si aquello que se habla es verdadero y cuando se dan situaciones como, por ejemplo, en la geometría de Hilbert, que no se subordina el discurso a la consideración de los entes, entonces el positivismo lógico preconiza una inversión de la actitud natural, esto es, no de la cosa al símbolo sino del símbolo a la cosa. El proceso tradicional que va de la cosa al símbolo (de la experiencia macroscópica del sentido común a la elaboración de un cuadro simbólico) ha encontrado dificultades imprevistas en el experimento de Michelson y Morley. La situación, pues, estaba madura para una concepción sistemática de la ciencia como análisis lógico del lenguaje científico y para el estudio lógico del lenguaje. Allí aparece Carnap con un nuevo programa metodológico y engendrando su sintaxis lógica y semántica, en cuyas estructuras ya se acentúa la distinción entre lo que se dice y la manera cómo se dice.

En el terreno del análisis del lenguaje filosófico y de la crítica del discurso metafísico, el positivismo lógico aplica las nociones adquiridas en el campo de la sintaxis lógica. Aquí su crítica no es nueva. Kant había reconocido ya la imposibilidad de la metafísica como ciencia y presentado a esta disciplina como una lucha interminable entre proposiciones que se afirman y se niegan con igual fuerza. Pero, en la actualidad, cuando se comienza a reparar en la fundamental importancia del lenguaje, se vuelve sobre la Crítica de la Razón Pura y se la nota falta de consideración lingüística. En efecto, el hecho de

que el hombre sea dotado de lenguaje es uno de los presupuestos tácitos y más importantes de la crítica kantiana. Si el objeto de Kant es el resultado de una construcción, si el conocimiento es el producto de una actividad sintética, el lenguaje asume un rol fundamental al fijar las varias síntesis, al determinar las varias fases a través de las cuales actúa el proceso cognoscitivo en ese pasaje de la representación al concepto de un objeto en general, y por lo tanto, al juicio.

Ocurre pues que el positivismo lógico entiende el lenguaje metafísico como pseudo objetivo puesto que el mismo cree considerar los objetos pero en realidad concierne a nuestra manera de hablar de los objetos. Puede contestársele que el discurso metafísico debe, por su propia naturaleza, pasar continuamente de lo relativo a lo absoluto, de lo subjetivo a lo objetivo y que esto no es un defecto ya que el dogmatismo de la crítica se refiere solamente a lenguajes artificialmente contruidos y no, por ejemplo, al lenguaje del sentido común. Sea como fuere, no queda así liquidado el asunto sino que se hace, de todos modos, necesario un análisis que determine sobre el propio terreno del lenguaje. El argumento del positivismo lógico, de que en la metafísica los problemas se reducen a pseudoproblemas, remata en una segunda crítica: la metafísica carece de sentido; muchos de sus conceptos son reducidos a vacíos nombres que tienden a pronunciarse por la fuerza de la costumbre. Es menester haber comprendido lo que se dice; de allí la exigencia —en la misma lógica— de saber qué cosas realmente comprendemos y somos capaces de comprender y así desembocamos en el análisis lógico del significado con una interrogación de orden psicológico y antropológico, que además es común a otras corrientes contemporáneas como existencialismo y fenomenología. Con todo, fuerza es reconocer un sesgo constructivo en el positivismo lógico en su tarea de poner en guardia contra la ilusión de atribuir un sentido (mediante artificios verbales) a aquello que no lo tiene, debido precisamente a una falta en el hombre de una experiencia en la atribución del

significado. Es que la investigación de un fundamento seguro de las ciencias y la eliminación de toda metafísica, objetivos ambos que sustentan el positivismo lógico, deben ser obtenidos a través del análisis lógico del lenguaje, el que a su vez se conecta con los siguientes lineamientos: a) Todas las proposiciones existenciales tienen solamente un significado empírico y todo conocimiento de carácter sintético está fundado únicamente en la experiencia. b) Todas las proposiciones analíticas tienen un significado en cuanto pueden ser verdaderas o falsas (8). En un lenguaje "correcto" las proposiciones analíticas en substancia son verdaderas si son tautológicas; las proposiciones analíticas no tautológicas deben reducirse a proposiciones no más analizables, es decir, a las atómicas, que como tal, son espejo de los hechos, o sea de los datos atómicos.

Además del Círculo de Viena, el movimiento Analítico de Oxford, la metodología operativa, la semántica general, la crítica de todas estas escuelas puede resumirse así: el conocimiento es relativo al comportamiento (el cual a su vez es condicionado de una actitud) y al análisis del lenguaje y de la técnica cognoscitiva del comportamiento. Así las cosas, el campo de investigación del positivismo lógico se amplía notablemente en cuanto abarca lo que somos capaces de analizar, la manera cómo se lo dice y la consideración, en fin, de aquél que lo dice. El uso del lenguaje es, después de todo, un uso personal y social y el análisis lógico es conducido por lo tanto a integrarse con otras formas de análisis. En la formación de una elaboración lingüística, y pregonando un mayor autocontrol por lo que se dice, aparece la lógica matemática como una asepsia en el uso del lenguaje. La lógica aristotélica, útil durante milenios, no presenta solución alguna, por ejemplo, al teorema de Gödel, y la probabilidad en la ciencia exige el empleo de lógicas no-aristotélicas. Se postula consecuentemente una nueva orientación lógica en reemplazo de la substancia inmutable o esencia. El viejo substancialismo se movía en torno de *S es P*, donde el sujeto *S*, configura la substancia que se vuelve explícita a tra-

vés de sucesivos predicados pero ahora una evolución lógico filosófica la supera mediante la funcionalización del pensamiento. La lógica en el fondo se refiere a la disciplina del discurso y a las reglas del correcto uso de un determinado lenguaje. La teoría general del lenguaje, como está desarrollada por el positivismo lógico, ofrece un gran interés para la elaboración de una nueva lógica general cuya necesidad hoy sentimos. Para el positivista lógico, el filósofo expresa una exigencia, que el filósofo (en cuanto el mismo habla) no puede ignorar. En efecto, para el metodólogo la existencia del prójimo, o del otro no es problema y por esta razón aparece frente al filósofo como dogmático. Pero por su parte el filósofo habla, usa el lenguaje, o sea, presupone la existencia de los otros individuos, existencia que finge olvidar. Ocurre entonces que la metodología con un abstracto logicismo y un crudo naturalismo, descuida toda exigencia más específicamente filosófica. Y la filosofía defiende, en su crítica, la legitimidad de la metafísica, descuidando lo relacionado con el espíritu científico. A esta altura pueden enumerarse como defectos del positivismo lógico los siguientes: a) intransigencia metafísica; b) acentuado desinterés por cualquier ulterior reflexión sobre el lenguaje; c) concesión de la autonomía de la lógica. El positivismo lógico no se pregunta ¿Qué es el lenguaje y qué es la lógica? Y esto no puede ignorarse en interés mismo de la metodología. Sin embargo esta intransigencia se ha atenuado un poco con la semiótica de Morris, la dialéctica de Gonzeth y la genética de Piaget. También reclama el positivismo lógico una psicología del lenguaje y una gnoseología y, sin presuponer una filosofía del lenguaje pero también sin excluirla, sostiene la necesidad de un estudio más general que aquél de *ἔργον* y *τήχυνε*, es decir un estudio que no se limita solamente a la expresión y a la comunicación (7) sino a una búsqueda más amplia en torno al hombre que posee el lenguaje, en torno a la función que el lenguaje juega en la formación del conocimiento y asimismo de la vida psíquica.

El conocimiento se realiza mediante la función del lenguaje (7). La capacidad de dar nombre a las cosas persiste sobre el simple fluir de las sensaciones y permite reconocer un orden en el ambiente en el cual vivo y conformar mi comportamiento con el ambiente. Si puedo dar un nombre a la cosa y si la determino y la diferencio, si la confronto con otras, entonces, el lenguaje está ligado directamente a la construcción del mundo de los objetos y, recíprocamente, nuestra concepción de los objetos está condicionada al lenguaje. Y el lenguaje no sólo es una creación individual sino también social y psicológica (Cfr. el valor psicológico y social dado respectivamente al lenguaje por Ernst Cassirer en "Philosophie der symbolischen Formen", I; y "An Essay on Man").

Sea un enfoque más general del problema: por ejemplo la semántica general. El positivismo lógico nos dice que en el problema de la aprehensión de la realidad el mundo se nos presenta como un caos. La realidad se manifiesta a través de relaciones y entre ellas emerge el hombre que se destaca entre los otros factores por la potencia o capacidad de ligarse al tiempo fundándose en la experiencia de sus antecesores. Según Korzybski, esta facultad se orienta hacia el futuro (5), y da lugar a un esfuerzo progresivo. Nos encontramos constantemente frente a situaciones problemáticas que tratamos de dominar. Esta actividad operacional se realiza según Dewey ("Logic: The Theory of Inquiry") en 5 fases hasta que llegamos a la hipótesis adecuada para dominar la situación. Se nota en este esquema un dualismo: elementos perceptivos-elementos conceptuales, que es necesario superar en una comprensión más general. Tal empresa lleva a cabo la tentativa de Montagüe quien en agudo análisis muestra, cuánto hay de aceptable en cada una de estas teorías: 1) Objetivismo puro (realismo ingenuo). 2) Subjetivismo puro (idealismo). 3) Dualismo puro ("teoría de la copia"): los objetos de la experiencia existen en la conciencia del yo y los objetos conceptuales in-

dependientemente de ella. Benjamín, por su parte, propone para la aprehensión de la realidad la relación dada en la función:

$$S = f(D; O)$$

donde S nota un símbolo dotado de valor cognoscitivo; D , los datos y O la operación sobre esos datos. Luego la aprehensión de la realidad es el resultado de una mutua relación funcional en la actividad operacional y en los datos de la experiencia cuyos aspectos parciales (desdoblando la fórmula sólo como forma de análisis) son:

$$S = f(D) \qquad \text{y} \qquad S = f(O)$$

Esta construcción simbólica de la interpretación de la realidad nos enfrenta con el problema de los universales, el cual Hoernlé relaciona con los conceptos actuales de extensión y connotación y concluye: 1) fundándose en el aspecto del conocimiento humano: el particular es "percibido"; el universal es concebido. 2) Fundándose en la relación espacio-tiempo: el particular no puede estar en dos lugares al mismo tiempo, mientras que el universal sí. 3) Fundamento existencial: el particular existe, el universal subsiste. 4) Respecto del aspecto analítico: el particular puede ser sujeto de un predicado (o término de relación) pero no puede por sí mismo ser predicado o relación, mientras que el universal puede ser sólo cualidad o relación. Hoernlé observa que la naturaleza es un sistema de universales realizados a través de ejemplos particulares que son objetos de la experiencia. La relación funcional entre universal y particular fue vista por Whitehead ("Process and Reality"; p. 71) cuando mostró que: "en la estructura del mundo real, el llamado 'universal' es particular en el sentido de ser propio que es diverso de otra cosa; y todo llamado 'particular' es universal en el sentido de entrar en la constitución de otras entidades efectivas (actual entities)".

La psicopatología se convierte a menudo en caballo de batalla del positivismo lógico y en este campo ha dado lugar a peculiares puntos de vista para el estudio del lenguaje. Así por ejemplo, resulta constructivo el reconocimiento de la voluntad como instrumento del lenguaje. En verdad corresponde a Bergson-Chopenhauer, haber reclamado la conexión necesaria entre la teoría del conocimiento y la teoría de la vida. En efecto, el criticismo (y en parte el idealismo) cuando habla de conocimiento, de construcción o de síntesis, abstrae generalmente el factor voluntad de construcción y de la voluntad de síntesis.

La ambivalencia de la voluntad, iluminada por la teoría de Freud del instinto de vida y de muerte, encuentra un antecedente en la filosofía budista. Al papel instrumental del lenguaje, se contraponen el papel ascético-místico del silencio y esto puede ser entendido en el sentido de una incapacidad de expresión o de una inefabilidad en la mística, sea, en la dirección ascética que el silencio educa a un mayor recogimiento y a un destacar gradual del mundo. Esto resulta de la concepción yoga-tántrica del lenguaje intencional (Sandhya-bhâsa). Pero no todo Occidente está preparado para comprender plenamente el significado de esta destrucción intencional pues pertenecemos a diversas tradiciones culturales. Sin embargo con una cita de Eliade ("Le Yoga") podemos aclarar que dicha concepción "quiere esconder la doctrina a los no iniciados y proyectar la práctica de la yoga en la *situación paradójal* indispensable para su adiestramiento espiritual. La polivalencia semántica de las palabras termina con substituir el equívoco por el sistema corriente de referencia inherente a todo lenguaje normal. Esta destrucción del lenguaje contribuye sin embargo, a destruir el universo profano y a substituirlo por un universo a nivel convertible e integrable. El simbolismo, en general, realiza una porosidad universal "que se abre" a los seres y a las cosas respecto de los significados transobjetivos".

Señalemos en otro sentido que el positivismo lógico llega también a una concepción del silencio. Negar la filosofía o sumergirla en la indiferencia es reducir al hombre al silencio y la ciencia no tiene la competencia de ponerse al servicio del hombre sino solamente aquella de organizar lógicamente los datos de hecho. Por lo tanto, frente al mundo de la ciencia, según un coherente desarrollo del positivismo lógico, no queda más que el silencio. De aquí se sigue que la *técnic*^a del positivismo lógico no es una técnica productiva o estructural sino una técnica lógica como técnica del discurso vacío y de aquí también la aseveración de Wittgenstein de que las verdades de hecho son inexpressables, que se *muestran* en silencio. Dado que el discurso empírico está privado de significado, la conclusión es que no se puede hablar más que por tautologías. Pero se puede objetar con Enzo Paci que si el silencio de Wittgenstein hace callar a la filosofía, con mayor razón hace callar a la ciencia. En efecto ¿Qué ciencia sería posible si, por el solo hecho de hablar de una verdad empíricamente verificable, el discurso científico se volviese necesariamente privado de significado lógico? En realidad la conclusión de Wittgenstein es: el discurso que tiene un significado lógico no puede en ningún caso acoger la verdad empíricamente verificable, mientras que la verdad empíricamente verificable no puede dar lugar a ningún discurso lógico sino a discursos lógicamente sin sentido.

El silencio en cuestión se relaciona con la problematización de la voluntad de vivir, que está implícita (según P. Filiasi Carcano) en la función del lenguaje. Una gran desconfianza contra la vida acompaña el curso de la historia; ejemplo, el ascesis budista. Hay, no obstante aquí, un perfil negativo: la supresión de la voluntad de vivir; y un perfil positivo: la salvación de la afirmación de la espiritualidad. Y esto se vincula con la ambivalencia del lenguaje, tal cual se manifiesta en la poesía; por un lado su valor sacro y mágico (espontaneidad); por el otro, la noche del romanticismo con la ausencia y la muerte aunque asoma en ellas una luminosa belleza. Luego y en

conclusión, no es exclusivamente el lenguaje del romanticismo un lenguaje de ausencia, sino que lo es también del coloquio y de la comunicación.

La libertad de sintetizar (en el campo de la asociación y como prerrogativa de la imaginación combinadora de objetos) se engrandece en el arte contemporáneo y lo mismo ocurre con la voluntad de síntesis. De allí el carácter demoníaco del arte como una expresión de una voluntad de síntesis irrespetuosa y amenazadora. En estética, entonces, el problema no se limita al ámbito lógico-metodológico, sino que implica una más directa relación con la teoría de la vida. Lo mismo ocurre con la ciencia de hoy en la cual se aprecian los factores no-aristotélicos del arte moderno.

II—2. *Evolución del lenguaje y del concepto.* Psicopatológica y filogenéticamente es factible indagar *qué significado debe atribuirse* a la aparición del lenguaje en relación con la evolución biológica. Este problema (1), que tiene precedentes en la filosofía romántica de la naturaleza y en la filosofía del evolucionismo, puede verse en relación a los problemas biológicos y, desde un punto de vista más general, incluirse filosóficamente al lenguaje en una manera de ser de la multiplicidad. También en una manera de ser encerrado en el espacio y en el tiempo y en una diversa manera de organizarse en la vida y en el ambiente. Son pues problemas inherentes al lenguaje, además del metafísico de lo uno y de lo múltiple (y ser y devenir), el de la *racionalidad del mundo* (Platón: ideas-lógos); el de la comunicación (individualidad, solipsismo, participación) comunión y extrañidad.

La historia del lenguaje es la historia de su uso: su función instrumental se volverá sacra y religiosa y, además, en Oriente y en Occidente, se produce una crisis interna en la preocupación paralela de Confucio (doctrina de la recta denominación) y Platón (doctrina de las ideas). Como Heidegger (en "Einführung in die Metaphisik") hubo contrapuesto a *ἀνθρωπος: ζῶον*

λόγον ἔχον; la sentencia *ἤμεεις: λόγος ἀνθρωπων ἔχων* y de aquí proviene, según él, la historia de la cultura occidental que disimula la historia del ser. Y como N. Hartmann (en "Das Problem des geistiges Seins") al referirse al hecho de que la lengua existía ya como espíritu objetivado, hubo aseverado: "Si el niño ha aprendido la lengua y ha entrado en posesión de ella, ella también ha sido transformada en su mente y ha tomado posesión de su pensamiento. Aquello que nosotros llamamos "poseer una lengua" es sobre todo el sernos interiormente dominados; entonces cabe como consecuencia preguntarse sobre el momento histórico en el cual el hombre, en vez de ser poseído, posee el lenguaje. Ahora bien, según el positivismo lógico, corresponde a la sintaxis lógica de Carnap, el momento culminante de un radical autocontrol lingüístico que posee al lenguaje, se desinteresa del uso y se dedica a la teoría formal del simbolismo. Pero según la crítica, la sintaxis lógica del positivismo, para mejor analizar el lenguaje, lo "mata". Para una corriente contraria como es el historicismo, el positivismo lógico se presenta como la tentativa de fijar el lenguaje en técnicas cerradas y preventivas que son algo así como el reflejo de la industrialización y la tecnificación asumidas en su carácter antihumano.

La evolución del lenguaje en el positivismo lógico se vincula con la evolución de las formas lógico-conceptuales. Habíamos visto que la lógica conceptual aristotélica es estática y que muestra un mundo sólo en términos de metas líneas de divisiones. Respecto de esta aseveración del positivismo lógico, y en el ámbito de la evolución antedicha, Reiser encuentra tres directrices generales: 1) pre-aristotélica o primitiva (desde hace medio millón de años hasta el 5.000) época prelógica que se caracteriza por elementos emocionales en la comunicación sub-vocal de gestos, actividad talámica. 2) Orientación aristotélica (3.000 años atrás) ésta aún domina la actividad mental; simbolismo abstracto, categorías, principio de identidad. 3) Orientación no aristotélica, actividad talámica cortical, Sym-

ser indica cuatro estadios en la evolución del pensamiento humano: 1) pensar corporal; 2) pensar verbal (lenguaje sonoro); 3) pensar simbólico (desde hace mil años); 4) pensar colectivo (hace 3.000 años).

Cualquiera sea la ideología, suele hacerse a menudo hincapié en las deficiencias del *concepto* y también de la *lógica formal* de Aristóteles (lo que falta demostrar es que ésta sea puramente formal). Dewey (en "Logic: The Theory of Inquiry") sintetiza estas objeciones al expresar que la división abroquea lo múltiple y que este múltiple no puede ser objeto de conocimiento perfecto; que el conocimiento se limita a la definición y que no había lugar para la invención. Rougier dice que la estructura mental no se edifica sobre principios arquitectónicos inmutables. Reichenbach se refiere, por otra parte, a la insuficiencia del apriori kantiano para el enfoque del espacio y del tiempo de Einstein. Paul Foulqué dijo que el *a posteriori*, que el racionalismo había subestimado, se enriquece en una comprensión más general en el sentido de presuponer una precedente experiencia. Cobb alude también al carácter estático de los principios de identidad, contradicción y tercero excluido. En suma, la vieja teoría conceptual, atribuyendo al concepto una esencia absoluta, era incapaz de consentir la aprehensión integral del objeto. Tal base substancialista (dice Rougier) convierte "una simple analogía en identidad absoluta" o "una diferencia parcial en un total contraste". Independientemente de lo que preconiza el positivismo lógico, también analiza el problema (de la relación entre nuestra estructura conceptual y la realidad) Wilbur M. Urban ("Lenguaje y Realidad") e indica tres apartados fundamentales: 1) atomismo lógico: la realidad equivale a una "pluralidad de elementos atómicos"; nuestra representación conceptual se traduce en "átomos lingüísticos irreductibles"; se muda el universo en nombres. 2) Intuicionismo alógico; la realidad es concebida como "devenir y duración" y nuestra representación equivale a lenguaje. 3) Filosofía de los eventos (events) con formas lingüís-

ticas muy estáticas para poder aprehender la realidad; deben pues romper la estática de las viejas categorías (sustancia, causalidad, etc.) y adaptarse a los eventos del mundo real.

Recapitulando, la realidad no es absolutamente dinámica ni absolutamente estática; en el primer caso tenemos una heterogeneidad absoluta y en el segundo una homogeneidad. La identidad del juicio analítico $A = A$, no expresa nada. El símbolo, por otra parte, tiene una base existencial. La construcción simbólica no es arbitraria y está subordinada a ciertas limitaciones de la experiencia. Los estudiosos de la lógica analítica reconocen que en cierto modo, genéticamente, la lógica matemática es reducible a la experiencia pero concluyen que los sistemas así creados son del todo autosuficientes y su validez no depende en modo alguno de la experiencia. Entonces ¿Qué hacer. Es necesario desarrollar nuevas formas lógico-conceptuales que siendo más isomorfas al mundo externo, aprehendan mejor los aspectos relativamente estáticos y dinámicos. Luego la reconstrucción lógico semántica se completará a través de un más profundo análisis de nuestras operaciones cognoscitivas sobre datos existenciales. En este sentido el aporte de Mario Lins puede sintetizarse así: 1) se basa en métodos relacionales donde la función proposicional de Russell y la doctrina de Keyser son fundamentales. 2) Supera el absoluto del "es" y la limitación sujeto-predicado, orden, estructura y relación con más valores y no se atiene a la estructura elemental de: "espíritu-materia"; "percepción-concepto"; "sentimiento-inteligencia". 3) Es extensional en lugar de clásico intencional: generaliza la relación causa-efecto. La solución de Mario Lins salta a la vista: un fenómeno, siendo un complejo de relaciones, comprende una función de varias variables y en consecuencia, sólo artificialmente podemos separar una de ellas para verla en su evolución independiente. Sin embargo, aquí se podría objetar, como ya lo hizo Rabeau Gaston en 1927 ("Realité et Relativité..."): la funcionalización infinita del tipo f [F ($g_1...g_2...$)] nunca llega a un dato fijo "a una cosa en

sí"; el ser ha perdido pues su estática absoluta. La respuesta del propio Lins es que la base estática no ha dejado de existir; ha sido transformada del ser absoluto: invariabilidad estática (static invariance) para ser funcionalizada: invariabilidad funcional (functional invariance).

II—3 *Semántica y proposición*. Russell en un artículo sobre el "Logical Positivism" (1950) dice: "Hay una cuestión de grande importancia filosófica por la cual un esmerado análisis de la interferencia científica y de la sintaxis lógica conduce (si no va errado) a una conclusión que no parece bienquista ni para mí ni para todos los positivistas lógicos. La conclusión es que un empirismo sin compromiso es insostenible. De un número finito de observaciones ninguna proposición general puede inferirse como solamente probable sin que postulemos cualquier principio general de inferencia, el cual no puede ser establecido empíricamente".

¿Hay un problema filosófico de la semántica? El origen del movimiento positivista lógico, respecto de la reducción de la filosofía al análisis (10) es, según por ejemplo la mentada expresión de Wittgenstein, la persuasión de que *no existen proposiciones filosóficas*. Este enunciado, en el cual se resume toda la orientación antimetafísica del positivismo lógico inicial, implica la doble reducción de la lógica filosófica a la lógica matemática. Luego de la *ἐποχή* husserliana, la filosofía se transfiere a un terreno superlógico. Ello ha conducido a la clausura del discurso en la filosofía de hoy. O bien se ha renunciado a la filosofía para reducirla al análisis. Esto nos remite a uno de los problemas fundamentales de la semántica de hoy: encontrar un principio de verdad tal que nos permita superar la polémica sobre la contradictoria significación de varios lenguajes. Es menester no perder de vista aquí el hecho de que el significado de una proposición es tautológica respecto de su misma situación semántica. No se puede, por ejemplo, sobre la base de un principio de verdad de plena eficacia en un lenguaje

fisicalista, proclamar insensata una proposición perteneciente al lenguaje metafísico. Hacerlo equivale a comportarse casi del mismo modo como se comportaría un italiano que, sobre la base de los signos de las conexiones significativas de su lengua, pretendiese afirmar la insensatez de los signos y de las conexiones de la lengua china. Según Raniero Sabarini, incurre en un grueso error de ese tipo Carnap cuando dice: "El platonismo cambia por cosas, entidades que no son cosas" ("Meaning and Necessity"). Allí pretende juzgar el lenguaje platónico asimilando el vocablo 'ser', no ya al significado que el platonismo le atribuye, sino al que el mismo Carnap da al vocablo 'cosa', como cosa subyacente a un principio de verificación de tipo fisicalista. La búsqueda de un principio de verdad será un problema sin solución por sus implicaciones gnoseológicas y metafísicas. Para el positivismo lógico se pueden obviar estas implicaciones. Así, verbigracia, hemos visto (8) que Tarski tiende a conciliar la bipolaridad semántica entre verdad lógica y verdad de hecho con el ejemplo: " x es verdadera si y sólo si p "; luego "la proposición 'la nieve es blanca' es verdadera si y sólo si 'la nieve es blanca' ". No obstante, con todo esto, se debe reconocer que no hay una semántica integral que pueda asumir un principio de verdad válido en el ámbito de todos los lenguajes y en consecuencia se vuelva a producir el problema de la significación del mismo principio de verdad en relación con cada lenguaje y, por consiguiente, con cada uno de los principios de verdad. El principio de verdad, en conclusión, sólo es precisable en referencia a n lenguajes y por esa razón, la determinación en general, cualquiera sea, del referido principio debe ser enunciada en términos que consientan determinar la regla de formación y la estructura de esos n lenguajes. Así las cosas, las reglas de formación de un lenguaje conciernen estrictamente a la relación entre términos del lenguaje y la realidad y expresan tal relación en términos estrictamente semánticos. En base a lo dicho, y en líneas generales, Raniero Sabarini esboza estas dos definiciones fundamentales: 1) El principio de verdad enuncia la

relación palabra-realidad en el ámbito y con un medio puramente semántico. 2) La diversidad de los lenguajes es dada por la diversidad de la relación palabra-realidad; y esto, a su vez, está dado por la diversidad del específico principio de verdad de cada uno de los diversos lenguajes. Finalmente se arriba a la definición 3): *toda proposición es verificable*.

Ahora podemos preguntarnos con Enzo Paci, si la lógica de V F es un caso particular de la posibilidad. Él mismo responde, previas amplias consideraciones sobre verdades leibnizianas de razón y de hecho, estructura del lenguaje científico, probabilidad y lógica modal kantiana. El punto de partida del positivismo lógico produce la inhibición del lenguaje, y si se desarrolla coherentemente, da lugar a la imposibilidad de la comunicación. Ello es debido, en primer lugar, a la dogmatización de la verdad de hecho y de razón, o sea, al dualismo insuperado entre lo existencial y lo lógico. El problema se remonta a los orígenes del empirismo y del racionalismo. Leibniz había hablado de principio de razón suficiente a propósito de la verdad de razón. El positivismo lógico ha dejado en la sombra la verdad de hecho; es claro que si la verdad de hecho entra en la lógica estamos constreñidos a admitir una lógica de por lo menos tres valores: el valor de verdad de las tautologías, el valor de falsedad de las contradicciones y el valor de existencia de la verdad de hecho. Hans Reichenbach sigue este último camino indicando el existencial como determinación.

La polémica olvida (y es fundamental) el origen utilitario-psicológico y estético del lenguaje. Un lenguaje no requiere solamente otro lenguaje sino también los hechos que satisfacen la negatividad de los necesarios. Se trata pues de la negatividad de la verdad de hecho que es la negatividad histórica económica estructural. No se trata de un negativo lógico, sino de una situación negativa que con trabajo es necesario transformar en una situación positiva.

La estructura dual del lenguaje científico ha sido presentada como una gran conquista del positivismo lógico. La es-

estructura dual de la verificación empírica y lógica está sin resolver por la filosofía y menos por el positivismo lógico. Wittgenstein, y también Carnap en "Der Logisch Aufbau der Welt" admiten la equivalencia del significado lógico con el empírico, pero esto acarrea graves problemas. Reichenbach no lo acepta: la verificación, según él, no debe ser considerada en términos de verdad sino de probabilidad y abandona la pretensión de definir el significado de una proposición; no podemos decir que dos proporciones tienen el mismo significado.

Una teoría del lenguaje común es fundamental para la técnica de los lenguajes científicos en cuanto un término del lenguaje común se pone como *explicandum* que el lenguaje científico debe transformar en *explicatum* (Carnap). La relación entre explicandum y explicatum no es empírica ni lógica. Entre el lenguaje científico y el común debe haber un acto volitivo. Pero puede el acto volitivo no tener en cuenta las condiciones limitantes del explicandum. En caso de que no deba tenerlas en cuenta, es claro que las reglas del discurso científico serán condicionadas por el lenguaje común, pero entonces un discurso científico "perfecto", o artificial, no será posible.

Respecto del significado cognoscitivo, los positivistas lógicos hablan de: a) proposiciones observativas, que tienen un significado directo y primitivo; b) proposiciones relacionales derivadas, que tienen un significado indirecto. Esta distinción se complica con las proposiciones de previsión que se refieren al futuro y que tienen un significado que no es empírico ni lógico. Este nuevo significado mueve a Reichenbach a programar primeramente el problema de la relación entre lo que es observable y lo que no lo es y, por lo tanto, a proponer una lógica de tres valores, en la cual a las proposiciones verdaderas y falsas se agregan las proposiciones indeterminadas. Se abre así un nuevo camino con la *posibilidad* y según Reichenbach hay tres conceptos de posibilidad: a) en sentido lógico, que se refiere a lo que es posible en el sentido de que no es contradictorio; b) en sentido físico, que se refiere a lo que no contra-

dice las leyes de la experiencia; c) en sentido técnico, que considera la técnica del cálculo de posibilidades pero implica actitudes filosóficas. El positivismo lógico vienés sostiene en general el sentido lógico (a), se trata de proposiciones analíticas que son posibles en cuanto no contradictorias o verdaderas e imposibles en cuanto contradictorias o falsas. La posibilidad lógica (la misma de que hablaba Wolf) no agrega nada a la teoría general del significado lógico. El sentido físico de la posibilidad (b) está conectado, en cambio, a los más graves problemas del positivismo lógico. Esto guarda relación entre el significado lógico y empírico y en general entre lógica o matemática y experiencia e (históricamente) guarda también relación con las verdades de razón y de hecho. En lenguaje leibniziano es el problema de la relación entre el principio de no contradicción y el principio de razón suficiente y es notable que ya en Leibniz el principio tenía la función de mediar entre la matemática y la física. La posibilidad física es más restringida que la lógica debido al condicionamiento de la experiencia. Kant mismo programa el problema en este sentido y concibe las categorías modales involucradas en el conjunto del problema de las relaciones entre las formas categoriales y las condiciones empíricas. Esto es evidente en el esquematismo trascendental de los "postulados del pensamiento empírico en general" (Crítica de la Razón Pura; Cap. II: sistema de todos los principios del entendimiento puro). Aquí es necesario tener presente la categoría de la posibilidad, si no viene interpretada exclusivamente como posibilidad lógica, en cuyo caso la posibilidad recae en la posibilidad de lo verdadero y de lo falso, revela el más auténtico significado sólo si se tiene presente el problema de su relación con la experiencia. En general esto vale para todas las categorías modales; si se reduce a la modalidad clásica aristotélica, existe el riesgo de que haya perdido su interés fundamental. Este es el criterio de G. H. Wright (A Treatise on Induction and Probability). De todos modos es difícil tratar el problema de la lógica modal sin re-

ferirse a Kant, y referirse a Kant implica tener presente: 1) el condicionamiento empírico de la modalidad, 2) El esquematismo, problema que retorna hoy como relativo a los modelos y a la homogeneidad entre categoría y experiencia, cuestión ésta ligada al positivismo lógico. 3) El problema de la imagen mediatriz entre experiencia y categoría que implica el problema del conocimiento que no es exclusivamente empírico ni exclusivamente lógico y que por lo tanto no recae bajo el principio de tercero excluido en cuanto presenta el concepto de grado (problema de Kant impuesto en "Axiomas de la intuición" y en "Anticipaciones de la percepción"). 4) El problema del tiempo, porque el esquema es mediador entre el formalismo lógico y la experiencia temporal y lleva por ende a reexaminar toda la categoría en función de la temporalidad concreta. Y, finalmente, respecto del sentido técnico de la posibilidad (c) no es posible reducir la posibilidad a pura posibilidad lógica y por consiguiente tampoco la lógica modal a la lógica de verdadero o falso. Resulta entonces que la salida que se presenta al positivismo lógico está dada sustancialmente en el problema del tiempo conectado con un discurso que (en el sentido del esquematismo kantiano) no es ni puramente tautológico ni puramente empírico. Viene al caso la delimitación entre *posibilidad* (condicionada e incondicionada) *probabilidad* y *frecuencia*. Verbigracia: al arrojar un dado existe la posibilidad de que salga 3; la equiposibilidad está condicionada a la construcción perfecta del dado (está pues *condicionada*). La posibilidad *incondicionada* se refiere solamente a un acto volitivo que funda arbitrariamente las reglas del discurso lógico y en cuya esfera puede tomarse como ejemplo cualquier proposición modal. Por lo demás un acto volitivo incondicionado, atemporal y ahistórico, es concebible sólo por un idealismo que suprime cualquier experiencia. El concepto de *probabilidad* es más restrictivo que el de posibilidad; implica la distinción entre casos favorables y casos contrarios. Siguiendo el ejemplo del dado, los números impares podrían considerarse casos favorables y los pares des-

favorables. La *frecuencia*, por último, es el número efectivo de los casos favorables verificados. Ahora podemos enunciar la llamada "ley del caso" que dice que si el número de veces que es arrojado el dado es bastante grande, la frecuencia tiende a la probabilidad. La aludida distinción entre posibilidad, probabilidad y frecuencia es susceptible de generalización filosófica. La posibilidad considera un futuro más largo y menos condicionado. La probabilidad restringe el campo de la posibilidad respecto a un objetivo pragmático y considera por lo tanto (haciéndose subjetiva) contrarias las posibilidades que no sirven al objetivo. Todo esto confirma que una probabilidad incondicionada no existe y que la lógica modal adquiere su significado más profundo sólo si no pierde su conexión con la experiencia fundada en la temporalidad.

Ahora podemos transcribir la respuesta de Enzo Paci a la pregunta planteada más arriba: ¿Será la lógica de V F un caso particular de la posibilidad? En ese caso, la lógica tautológica-contradictoria está condicionada a la experiencia, tiempo y naturaleza, como lo está la matemática investigada en la experiencia, cosa que explica su posibilidad de aplicación. Esta posición abre nuevos horizontes al positivismo lógico y se torna constructiva en cuanto trata de echar luz sobre el sentido de los principios lógicos. El peligro está en considerarlos como no condicionados sin tener presente el significado del principio de razón suficiente como principio de la verdad de hecho y el de la entropía y el del tiempo. En otras palabras, el peligro está en volver de la lógica modal a la tautológica.

Se liga a estas conclusiones la pregunta planteada por Arthur Pap: ¿Hay proposiciones necesarias? La mayoría de los positivistas lógicos rehuyen la cuestión. Otros dicen que no hay proposiciones necesarias que no sean analíticas. Sostienen, sin embargo, que las proposiciones necesarias son analizables en términos de conceptos de lenguaje y de reglas lingüísticas. Pap parte de la diferencia entre 1) lengua natural y 2) sistema lingüístico.

A diferencia del sistema lingüístico, la lengua natural puede decirse sujeta a cambios. Si se cambia una de sus reglas, no resulta un sistema diverso y no puede considerarse como un sistema de reglas estático. Luego de ejemplificar con una proposición tal como "todo padre es varón", llevada a la lógica cuantificacional y a la modal, Pap concluye lo que llama la tesis NN a saber: si una enunciación es necesaria, es necesario que sea necesaria, o bien es necesario que sea necesario, o bien, las enunciaciones necesarias son necesarias en modo necesario y no en modo contingente. En el fondo, lo que sostiene a favor de la tesis NN, es que el objeto primero de un conocimiento a priori es una proposición modal.

II. 4. *Las paradojas y la argumentación.* Uno de los caracteres esenciales de la lógica formal es que en los razonamientos toda controversia ha sido eliminada pues tiene la ventaja de elegir un conjunto de signos, axiomas y reglas. Al comenzar el presente estudio (7), advertimos que el lenguaje es lógico e ilógico, e incluso analizamos los inconvenientes del ceñirse únicamente al aspecto lógico de un idioma. Ahora, inversamente, citaremos los errores ocasionados cuando el lenguaje no ha sido lo suficientemente lógico y ha dado a razonamientos no válidos o falacias. Las falacias lingüísticas, por ejemplo, se conocen desde la antigüedad y abarcan desde el mal empleo de puntos, comas y acentos, hasta las anfibologías y figuras de dicción. Entre ellas puede incluirse la *homonimia* (cuando se usa un término con dos o más acepciones).

Entre las falacias formales (razonamientos no válidos por haberse violado las reglas que se refieren al mismo razonamiento) se encuentra la falacia de afirmar el consecuente. Entre las falacias materiales, son conocidas la ignorancia de asunto, la falsa ecuación (también llamada sofisma del accidente), la petición de principio, el círculo vicioso y el argumentum ad verecundiam (o de apelación a la autoridad).

Nos parece apropiado detenernos aquí en las paradojas,

es decir, las conclusiones contradictorias a que se arriba partiendo de proposiciones aparentemente no contradictorias. Estas cuestiones insolubles surgieron ya en la antigua Grecia, como el conocido caso del "mentiroso", que ha sido citado, estudiado y presentado de las más diversas formas. Verbigracia: capítulo LI, segunda parte, del Quijote, cuando se hace a Sancho gobernador de la ínsula Barataria. También ha sido presentada mediante una tarjeta que dice: "al dorso de esta tarjeta hay un enunciado verdadero"; y al dar vuelta la misma se lee: 'al dorso de esta tarjeta hay un enunciado falso'. Por triviales que nos parezcan estas contradicciones, debemos reconocer que las paradojas han ocupado la atención de los investigadores de la lógica y de la matemática y, a pesar de que se han intentado complejos sistemas para su solución, esta solución sigue siendo una deuda en el terreno científico y lógico. No es exagerado decir que se han construido y divulgado más de un millón de paradojas. En razón de lo limitado de nuestro estudio, sólo agregaremos a guisa de ejemplo la paradoja de Richard: dividimos los números en dos clases: la de los que necesitan menos de cien letras para su enunciación y la clase cuyos números necesitan más de cien letras. En la primera clase siempre habrá un número finito, mientras que en la segunda serán infinitos. Pero si ahora intentamos ubicar en una de las dos clases este número: 'el número natural más pequeño cuya definición necesite más de cien letras', habremos utilizado 62 letras por lo que no sabremos dónde colocarlo. A nuestro entender, se trata de una pseudo-paradoja, pues todo número puede ser expresado de infinitas maneras, por consiguiente, todo número de la primera clase, está también en la segunda. Tal es el caso del número 'ocho' que se encuentra también en la segunda clase bajo la expresión '837879 menos 8379871' para cuya lectura y enunciación es necesario más de cien letras.

En el afán de superar estos errores, poniéndose al abrigo de toda instrucción, incluso la de los datos sensibles si ello

podiera caber, los lógicos formalistas llegan a construir, con la ayuda de los signos, sistemas en los cuales sólo importa la forma. Se tiene pues un lenguaje unívoco en el que cada signo conserva, desde el principio hasta el fin, su valor y así es factible la demostración. Para las paradojas semánticas (como la de Epiménides) la solución suele ser el metalenguaje (4); mientras que para las paradojas lógicas se han esbozado distintos intentos de solución como los *tipos* de Russell. Pero el lenguaje escapa a todo esto porque no puede ser unívoco; es, al contrario, relativamente convencional y hasta cierto punto aislable de la experiencia. En el lenguaje podemos, y dejando ya las paradojas, discernir con Ch. Petrelman y L. Olbrechts Tyteca: 1) las nociones formalizadas; ejemplo, alfil de ajedrez. 2) Las nociones semi-formalizadas; ejemplo, científicas y jurídicas. 3) Las nociones de la experiencia empírica vulgar, ejemplo, oro. 4) Las nociones confusas en el sentido estricto del término, ejemplos, mérito, bien. 5) Las nociones referentes a totalidades indeterminadas: universo, cosa, no viviente. Las nociones no formalizadas son plásticas, con posibilidades infinitas de utilización. Ejemplo, *perro* como sinónimo de fiel, simpático y afectuoso. Sin embargo (observa Meillet en "Linguistique historique générale") usamos expresiones tales como "un tiempo de perros". Todo esto viene al caso para inteligir como usa un orador sus argumentos. En general se constata que el orador que quiere defender una noción ligada a la tesis que él sostiene, la presenta como confusa pero flexible, rica, con grandes posibilidades nuevas. Las hipótesis del adversario, al contrario, son presentadas como inmutables. La técnica se desarrolla sobre un doble plan, por una parte suavizamos las nociones que defendemos, por otra parte insistimos explícitamente sobre esta suavización, es decir, clasificamos de flexibles las nociones en cuestión. A menudo inconscientemente usamos esta técnica: congelamos el concepto del adversario y a cada rato le reprochamos el haber considerado el concepto que nosotros defendemos como rígido siendo que no

lo es. Tal es el caso de Bernays, quien defiende el racionalismo sublevándose contra las concepciones parciales de los adversarios del racionalismo que no le satisfacen y, a la vez, propone un racionalismo particularmente amplio.

II. 5. *El símbolo*. Concluiremos haciendo referencia a la amplia noción de símbolo tal como es tratada por el positivismo lógico, o sea, en estrecha vinculación con los datos psicobiológicos y sociales.

Eugène Monkowski parte de Bergson aseverando que las palabras están moldeadas sobre el pensamiento discursivo y son en consecuencia incapaces de traducir datos que por esencia escapan a este pensamiento. En la oposición móvil-inmóvil, vivo-muerto, duración-espacio, irracional-razional, intuición-pensamiento discursivo, las palabras prefieren los segundos. Las palabras se oscurecen por el uso y a fuerza de repetir y tomar hábito nos dan una impresión tramposa. En la medida en que la psicología y la psicopatología tienden a ser ciencias humanas, deben revisar las nociones de hábito, memoria, adaptación, etc. Para un examen crítico, fenomenología y bergsonismo se reúnen en este punto de vista: las palabras tienen la virtud de expresar más bien otras cosas antes que conceptos e ideas. Bergson tenía a su disposición nada más que el lenguaje que usó maravillosamente para expresar "los datos inmediatos de la conciencia"; sus metáforas geniales son simplemente palabras del "ahora y aquí", palabras que hacen la imagen y que nos sitúan cerca de lo vivido. La metáfora puede concebirse como aumento de signo (1) y así vamos llegando a la compleja noción de símbolo (6) cuyas delimitaciones quedan vaporosas. De todos modos admitimos que en el símbolo interviene un factor *convencional* y que está destinado a representar aquéllo que no es. Esta cualidad de hacer presente algo ausente puede oponerse a las definiciones ya clásicas como las de Lalande: *símbolo*: aquello que representa otra cosa en virtud de una correspondencia analógica. O bien como la defini-

ción del Larousse: “*símbolo*: figura, marca, objeto cualquiera con una significación convencional; el perro es el símbolo de la fidelidad (ver emblema)...”; etc. Respecto a la diferencia emblema-símbolo, se puede decir, por ejemplo, que el símbolo reposa sobre una “analogía natural fácil de aprehensión”, mientras que en el emblema la invención humana, es decir, la convención es más notable. De esta forma las marcas de fábrica, o bien el símbolo *Fe* en química se tendrían por emblemas. En la fidelidad del perro, en cambio, lo convencional parece entrar menos en juego; aquí prima la *analogía natural* que puede ser consagrada por el uso o realmente fundada con la naturaleza. Bajo la caracterización de convencional es factible ahora colocar todo el *simbolismo* de las especies animales, o mejor, “el lenguaje” que ellas nos hablan, ejemplo: la paloma de la paz. En este sentido lo antropológico y el antropomorfismo no se mezclan. Afirmar que un perro es fiel es atribuirle una cualidad y una conciencia humana que en su “animalidad” no posee. Sin embargo, apuntando sobre lo humano, también en la ausencia del hombre, el perro está hecho para *representar*, para simbolizar, la fidelidad y no necesariamente para ser fiel. De allí también la razón por la que encontramos tanto encanto en las fábulas. Luego el simbolismo de los animales difiere esencialmente de un simple signo convencional como el mencionado *Fe en química*. Igualmente los colores nos hablan a su manera de una forma simbólica si se quiere, pero estos “símbolos” fundados en la naturaleza de las cosas, son ellos mismos llamados a traducir los caracteres esenciales que nos aproximan a la vida misma. En este estudio aparece nuevamente la metáfora como ligazón entre “símbolo” y lo que simboliza, donde lo convencional desaparece enteramente. El mundo metafórico se abre para nosotros y llegamos a comprendernos tanto en el plano humano como cuando se trata de indicar el nombre de una calle. El hecho de que en distintos lenguajes encontramos las mismas metáforas (“profundidad de sentimiento”, “amargura”, etc.) demuestra que ellas traducen

los datos esenciales. Pero, a decir verdad, es *arbitrariamente* donde está el sentido propio y donde el figurado, cosa que hacemos posible en virtud de una posición tomada, que acuerda de golpe lo supuesto concreto de los objetos y de las cosas bajo su aspecto material y que así implica de una manera más o menos tácita el materialismo. Se aprecia entonces en este mundo de la metáfora, la miseria de los léxicos: explicar un término por otro que es más o menos próximo pero jamás idéntico. Cuando algunos de estos puntos o todos ellos sean aclarados por lo que H. J. Pos y Eugène Minkowski llaman *fenomenología semántica*, en donde los términos del vocabulario serían explicados por la evocación de situaciones de la vida humana a las cuales ellas responden; cuando se revise el sentido de nociones corrientes tales como abstracto y concreto, entonces tal vez se llegue a aclarar, como se lo está haciendo, el panorama con la ayuda de la psicología del lenguaje, el psicoanálisis y los datos de la psicopatología. Nuestras actividades psicomotrices se presentan ahora bajo el mismo ángulo y aparece la noción de símbolo revelando un aspecto "existencial" a la luz de las relaciones entre lo psíquico y lo somático como veremos a continuación.

Aportes de la psicopatología. Los datos de la psicopatología se anejan a los más caros aportes del positivismo lógico. En las formas demenciales, obsesivas, afasias, nos remiten a hechos posibles: deficiencia de la psique. inhibición de la actividad voluntaria que gobierna el ejercicio del lenguaje, trastornos en la vista, en la audición, etc. En consecuencia el lenguaje no debe ser tratado solamente desde un punto de vista intelectualístico, en relación al ordenamiento y clasificación de las representaciones; o solamente en el papel de útil a nuestro comportamiento externo ya que, biológica y psicológicamente, es menester considerar la afectividad y la creación de un horizonte de seguridad, cuya explicación debe provenir a la postre del plano vital humano.

No tocaremos aquellos disturbios del habla causados por la falta de los órganos orales periféricos, ni tampoco los casos donde se trata de la lesión de algunos centros del cerebro, ni de aquellas múltiples y diferentes afasias de iteración que consisten en un forzado pronunciar de cada sílaba como un balbuceo. Estos casos se refieren al saber hablar y sólo parcialmente tienen que ver con el lenguaje. Tocaremos antes bien, dos casos observados por los psicopatólogos que se reducen a disturbios que se producen en el curso del pensamiento. Uno de ellos es el *venir a menos de pensar*, como lo han denominado los propios enfermos. Ocurre cuando se interrumpe de golpe el porvenir del pensamiento como si quedase "en la punta de la lengua" lo que sigue. Es decir que, literalmente, se quita el pensar y de tal forma se acumulan los pensamientos al punto que el enfermo no puede formar la frase. No se trata de una verdadera lengua de los esquizofrénicos porque el significado y las palabras en éstos cambian de enfermo a enfermo. El esquizofrénico, en cambio, está solo en el mundo de su enfermedad; aquéllo que le parece importante lo es sólo para él y muchas cosas no corresponden a lo que quiere expresar y designar con el significado de las palabras que ha encontrado en los libros y en las personas que lo circundan. Así ocurre que cambia el significado tradicional de la palabra comunmente usada. A veces requiere mucho tiempo para encontrarla u otras veces lo alcanza rápidamente y si, después de algunos días, quiere comunicar un pensamiento que le parece importante en un discurso, descubre súbitamente otro neologismo. En esta forma puede llegar a tener la fortuna de enriquecer la terminología científica como por ejemplo con la expresión *Gedankenentzug* (¿sustracción del pensamiento?) que C. G. Jung ha oído de un enfermo y respecto de la cual los psiquiatras están de acuerdo en que hasta hoy ninguna otra palabra corriente alemana, así como tampoco ningún nuevo término en otra lengua podría expresar mejor la experiencia del disturbio mental que nos ocupa. Este y otros ejemplos nos llevan a con-

siderar la pubertad espiritual del enfermo y a reconocer que nada hay que objetar a su lenguaje; su gramática y su sintaxis son correctas; sólo cuando se mezclan instintos e impulsos sui generis y afectos en su hablar se tienen neologismos y expresiones nuevas.

El segundo caso que queremos analizar del lenguaje del alienado, es el del enfermo exitado que se vuelve rico en ideas por naturaleza. Existen puras sensaciones y atención. El disturbio no afecta la dirección del acto intencional pero si el orden del juicio y el contenido de las ideas, las que por si solas se juzgarían normales. Ahora bien, aquí podemos preguntarnos ¿Quién se encarga de expresar significados o contenidos en una lengua inusada y, por consiguiente, de traducir palabras a términos completamente nuevos? Y para intentar una respuesta pensamos en los poetas porque ellos aunque no inventan una palabra para cosas que ya existían, crean, en cambio, una palabra que de suyo por primera vez han sentido o pensado en aquel modo. La relación entre los parlantes poetas y la lengua por ellos usada es, por ende, en este sentido, similar al pensamiento del esquizofrénico. Pero agreguemos de inmediato (dice Jakob Wyrsh) lo es sólo en este sentido. Cómo ambos transforman o crean su lengua es ya una cosa diferente. El poeta es un artista y el esquizofrénico es un pobre enfermo mental que debe estar contento de mantener durante su enfermedad lo que son pequeñas dotes regaladas por la naturaleza. Además el poeta comunica conceptos que pueden ser captados y adoptados también por otros como maneras de decir fijos o citas. El esquizofrénico afirma únicamente lo que siente y prueba en su enfermedad que no puede despertar en quien lo escucha, ningún eco o en todo caso puede mover a risa. Su propio médico que debe aprender a conocer su lenguaje, lo comprende relativamente y por esta causa el enfermo permanece aislado y se vuelve una curiosidad. Pero finalmente Wyrsh se plantea otra pregunta ¿Qué sucede si coinciden las dos cosas, o sea, si el poeta enferma luego de ser poeta? Por

fortuna la enfermedad no significa siempre el agotamiento de la fuerza creadora. De inmediato pensamos en Hölderling. En su poesía se entretajan en modo misterioso y extraño la poesía y la enfermedad a tal punto que son casi inescindibles. Esto nos sugiere que constituiría una ayuda el hecho de que pudiésemos leer los escritos de aquellos enfermos en la época en la cual eran sanos de mente. De ese modo, por fuerza, encontraríamos tales escritos más normales y comprensibles pero siempre pobres en expresiones. Ahora bien, no siempre ocurre que el enfermo pierde la lengua reduciéndose sólo a sonidos incoherentes, sino que forma también una lengua, lengua anormal por cierto, que le pertenece a él y a nadie más y que para él llega a ser un sistema significativo de expresión. Si esta lengua anormal nos suena artísticamente, quiere decir que hay una lengua poética. Y aquí surge otra pregunta que también quedará sin respuesta ¿No podría darse el caso de que la enfermedad ayudara a la manifestación de esa dote poética? Dicho de otro modo ¿Un talento es suficientemente fuerte para expresarse en aquella lengua que domina o bien es necesario que esta lengua de todos los días devenga liberada de la enfermedad a fin de que la dote poética se manifieste? Y ahora la respuesta escapa al exclusivo campo de la psiquiatría pues toca el problema de la naturaleza del objeto estético.

Conclusión: el positivismo lógico ha vuelto a reparar en la importancia del lenguaje. La categoría kantiana relacionada con nuestra manera de funcionar no tuvo en cuenta que el conocimiento se realiza mediante la función del lenguaje. El pensamiento está ligado a un sistema simbólico y formalizamos una aprehensión de la realidad. ¿Pero cuál es el lenguaje ideal? Lo será el lenguaje completo, construido formalmente y que consienta la solución de todo problema filosófico. Ese lenguaje no existe pero su búsqueda ha sugerido mientras tanto otros instrumentos valiosos como la lógica matemática y el análisis. ¿Qué es el lenguaje? La pregunta se coloca hoy al lado de estas otras: ¿Qué es el hombre? ¿Qué es el ser? Sin ser no

hay hombre, sin hombre no hay lenguaje; pero también a la inversa, el hombre es hombre recién *en* el lenguaje y sin hombre no hay ser. Durante siglos el ser ha sido encubierto en un cielo cristalino y observado con lentes de aumento desde la tierra. Hoy llega un modesto agrimensor y enfoca también los astros con su teodolito para medir y para comunicarse con otro hombre que tiene sus pies en la tierra y al que a veces ni siquiera ve directamente. Mediante cálculos de ángulos obtiene de los astros la medida exacta de la distancia entre él y su prójimo sin que ambos puedan transitar por la línea recta que va de uno a otro. El hombre se apoya en el astro y descubre al otro hombre. Deseando comunicarse con su semejante eleva su objetivo hacia el cielo inmaculado y éste le devuelve el problema para que él mismo lo resuelva. La nueva clave está en la tierra y la tiene el hombre que mide y calcula. Se ha dicho que lo último que descubriría el habitante del fondo del mar sería el agua. De igual modo, el hombre, midiendo en nuestros tiempos la distancia que lo separa de su semejante, repara en la lengua (que desde hace milenios es lo mejor y lo peor) y con este instrumento imperfecto, pero maravilloso hasta en manos de un alienado, descubre con cierto desencanto que el problema está en sus propias limitaciones.

